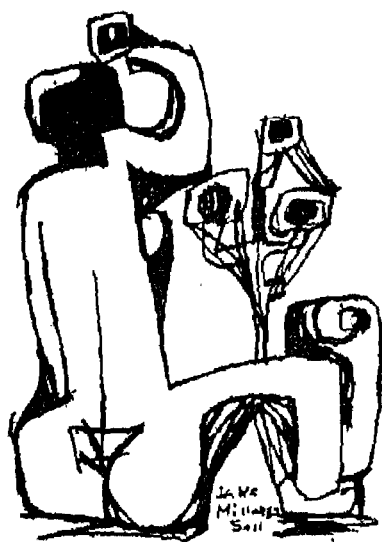


# NARRACIONES Y CUENTOS



· · · · ·  
*Se ha abierto un abanico de milagros  
en la mano creadora del olvido.*

ANTONIO MACHADO

PEPE SANTANA

*A la memoria de nuestro padre*

## I

### A bordo del viejo Guanarteme

Desde las cuatro de la mañana empezó a disminuir gradualmente la velocidad del *Guanarteme*. Rayaba apenas el día y el infeliz vapor, entrado en años, daba tumbos irregulares y perezosos en el agua profunda e inmóvil, jadeando como un viajero asmático en lo alto de la cuesta que acaba de subir.

El golpe rítmico y decreciente de la máquina, la palpitation levísima e incesante del buque todo, que anuncia la proximidad del puerto, despertaron a Pepe Santana, que dormitaba en el nicho revuelto y oscilante de su camarote de segunda.

Lavóse rápidamente la cara, y, agitado por ligero temblor convulsivo, entróse aprisa la americana y subió a saltos la escalerillas de la cámara.

Empezaba a amanecer. En el cielo, una legión de nubes redondas, compactas, sombrías, se precipitaba velozmente hacia el sur, ocultando y descubriendo alternativamente el tenue fulgor de las últimas estrellas. Más allá de la popa la noche, negra aún, escondía el inmenso camino líquido recorrido en cuatro inacabables singladuras, amenizadas por la impaciencia y el mareo. A la izquierda, en el último confín del horizonte, una leve mancha de oro crecía y se dilataba poco a poco, como una esperanza de luz. Flotaban en el espacio, apenas perceptibles, las emanaciones de la tierra próxima.

—Felices, querido— dijo de súbito una voz mezquina y ronca. Y un señor pequeño, escuálido, se incorporó en el húmedo banco donde yacía, tendiendo a Pepe Santana una mano delgada, pegajosa, llena de huesos.

—Salud, don Mariano. ¿Qué tal? ¿Se ha descansador

—Nada de eso, querido. ¡Qué noche! Bien me decía usted ayer que la travesía de Villacruz a Atlántica era lo

peorcito del viaje. ¡Y qué servicio, querido! ¡Qué literas! ¡Qué pútridas emanaciones! Oiga usted... (atiplando la voz) ¡Camarero!... ¡Camarero!... Abajo está Pura desgañitándose para que le traigan un pocillo de chocolate.,. Que si quieres. (Exaltándose). He de escribir al ministro en llegando. No me diga usted que no. Verá que raspa-polvos se calza la compañía. Me parece estar leyendo el volante de Paco Redondo. Porque somos amigos viejos... ¿Sabe usted?

Detúvose para tomar aliento. Debajo de su nariz, delgada e inquisidora, serpeaba el bigotillo recortado, áspero y mal teñido. Sus ojos pertenecían a diferentes categorías zoológicas: el derecho era de ratón, negro y vivaracho; el izquierdo, de pescado, acuoso, parado y sin expresión.

—Pero, don Mariano, ¿por qué no tomó usted billete de primera? Con seguridad lo hubiera pasado mucho mejor.

—Si usted supiera, querido. Fue la equivocación más salada... Un error de mi primo Pepe, el mariscal de campo, el que estuvo en Filipinas y tiene cinco millones de pesetas. Sí, hombre, sí. Figúrese que...

Paróse bruscamente, porque en aquel instante se acercaba, adusto y con cara de mil demonios el segundo oficial, hombre de pocos amigos. La verdad era que don Mariano de la Tuesta, empleado de corto sueldo, con señora y ocho de familia, había tomado en Cádiz pasaje de tercera y que el benévolo capitán don Pedro, desde la primera noche del viaje, le había pasado a segunda, a él y a toda la tribu.

Recostóse de nuevo el viejo en el duro banco, cruzando sobre el pecho las solapas grasientas de un chaquet verdinegro, que malamente cubría la camisa sin cuello ni puños, que amarilleaba de puro sucia. Una de las peludas zapatillas cayó al suelo con estrépito, descubriendo el calce-tín, falto asimismo del saludable contacto del agua y del jabón.

En esto salía de la cámara Joaquinito, el primogénito, más oscuro que un rifeño, lampiño, con el pelo negro y luciente pegadito a las sienes, pecho hundido, mucha nuez en el pezcuezo y lentes de acero cabalgando en su nariz de cacatúa. Detrás de él asomaron los pequeños, de alparagas calzados, quién chupando una naranja, quién despo-

jando a un plátano de su dorada corteza, que luego salía disparada por encima de la borda.

Apartóse Pepe Santana del grupo, temeroso de que Joaquinito le echara el arpón de su charla insustancial y dirigióse con vacilante paso hacia proa.

Un hombre, asido a una de las barras de hierro pintado que sirven para sostener el toldo, volvióse de improviso. Era un pobre teniente de infantería, vestido aún de rayadillo, que volvía de Cuba. En su cara larga, triste y biliosa, brillaba una aurora de regocijo intenso.

—¿Qué hay de nuevo, Brito?

—Atlántica—, contestó el otro lacónicamente.

Y con su dedo negro, corvo y afilado señalaba hacia la proa.

En aquella dirección, a mucha distancia todavía, se amontonaba vagamente una masa rojiza, en cuya base hervía sin cesar la espuma de las rompientes. En la cúspide titilaba una luz, ora encarnada, ora amarilla: el faro de la Isleta.

—A las nueve estaremos frente a la ciudad— dijo Pepe.

—Antes— replicó el militar.

Inconscientemente se dieron un apretón de manos y ambos quedáronse absortos en la contemplación de aquel pedacito de tierra pelado y triste, que era como el brazo extendido de la patria isleña que les invitaba a acercarse, a llegar de una vez...

En el aire inmóvil surgían de improviso ráfagas amplias y violentas que dilataban los pulmones y desplegaban con bruscos estallidos la bandera española que flotaba en la popa, ora mostrando, ora escondiendo las dos letras negras de la faja amarilla, C. M., Correo Marítimo.

## II

### ¡Fondo!

A las nueve estaban frente a la ciudad.

Exhalaba el vapor su grito ronco e intermitente, como si saludase la llegada con aullidos de dolor y al insistente clamoreo que venía del mar, acudía la gente al muelle, ávida de curioso, de novedades, de recibir noticias

del resto del mundo, después de la forzosá incomunicación quincenal. En aquellos tiempos ya lejanos a que estos apuntes se refieren, no había ni puerto de refugio, ni telégrafo, ni otra alguna de las portentosas innovaciones que años después transformaron las Atlánticas.

Casi al mismo tiempo que el buen don Pedro, erguido en el puente, pronunciaba con acento solemne y catalán «¡Fondol!», aparecióse en la toldilla doña Pura, precedida de su vientre fecundísimo, primera residencia de tantísimo Tuesta. De su talle deforme pendían unas faldas moradas como las de un trono de procesión y coronaba su testuz ornitológica una ajadísima capota. En torno de ella, cual ligeros esquifes alrededor de una fragata, bullían cuatro pollas anémicas y macabras: Amparito, Concha, Carmela y Pepa.

Todos los viajeros, chicos y grandes, apoyados en la borda, contemplaban el panorama atlántico, los forasteros con curiosidad, los hijos de la tierra con la pupila levemente empañada.

La ciudad, bañada de oro por la vibrante luz de la mañana, yacía a lo largo de la playa, bordada de espuma y escalaba las montañas grises que cierran como enorme muralla el horizonte occidental. Hacia el norte, una península en miniatura, semejante a un cetáceo de tres lomos, color de violeta oscuro, tendíase en el mar inmóvil, herido aquí y allí por las flechas fulgurantes de la luz. Por el lado opuesto, el cielo se mostraba singularmente diáfano, con delicadezas de tul azulado y tenuísimo y sobre aquel fondo anti-natural y amanerado como una decoración de ópera, perfilábase una torre cuadrada y pizarrosa, cuya mole semejaba alzarse desde el fondo mismo del mar. Mucha casa blanca y mucho balcón verde. Cercados de esmeralda, arenas de oro y palmeras que en el ambiente tranquilo eran como surtidores vegetales cuyo líquido penacho se hubiese convertido, al beso del sol, en luciente cabellera de verdura...

Era llegado el momento de desembarcar. Allí fue el enmarañarse y confundirse don Mariano y el corretear de un lado a otro, cual pluma barrida por el viento, afanado en la tarea de reunir sus exiguos cachivaches. Y fue tal su desgracia, que en una de aquellas carreritas acertó a



colocar su aristocrática planta sobre una de las anchas extremidades del segundo, que de golpe quedó sentado sobre un baúl, meciendo la enorme pezuña entre sus manos callosas, como una tierna madre al infante llorón y rebelde al sueño, mientras el atortolado funcionario le contemplaba atónito.

Acudió a salvar la situación cierto comisionista catalán, bajito, sonrosado, gordo y guapote como una jamona bien conservada, sujeto muy conocido en Atlántica donde todo el mundo le llamaba *Clarificado*. Era un catalán de la especie *parlanchina* y *ocurrente*, *torcionario* del habla castellana, viajero impertérrito de esos que nunca marean y son la desesperación de los mayordomos, buena persona que consolaba a los novicios con bromas náuticas del tenor siguiente:

—¿Y *eso* don Fulano? ¿Qué, le estamos dando de comer a los *peses*? Aquí me tiene *ustet* que nunca he cambiado ninguna, *de* peseta.

En esta ocasión intercedía con diplomacia sonriente.

—¿Y *eso*, don Paco? ¿Le hace mucho mal ese pie? Un callito disuelto, ¿eh? Poca cosa, *home*, poca cosa.

En aquellos tiempos era empresa peliaguda la de doblar la punta del muelle, cuando el fatídico *reboso* levantaba cordilleras de agua salada y abofeteaba con furor los prismas. Aún en ordinarias circunstancias había siempre en tal paraje dificultades que vencer.

El bote que conduce a Pepe Santana, a don Mariano, señora y familia llega, impulsado por cuatro remeros descalzos, cejijuntos, tostados por el sol, al punto peligroso. Hay que esperar a la ola. Ya está aquí. El bote se levanta de improviso, con angustiosa suspensión de los estómagos, y cabalgando sobre la espalda hirviente del monstruo, acompañado del alarido gallináceo de doña Pura y de las cuatro niñas, rebasa los prismas verdinegros del promontorio y surca pausadamente las aguas oleaginosas, ennegrecidas por el polvo de carbón y por la sombra de la eminente muralla.

Pepe Santana, en pie, intensamente pálido, sujetando con una mano los lentes y con la otra la cartera de viaje, examina con ansiedad los semblantes, casi todos conocidos y familiares, de los curiosos que se aglomeran detrás

del parapeto, junto a la farola. En lo alto de la escalinata un brazo cubierto de dril agita convulsivamente una *cachorra* negra.

Atraca el bote. Atraído por unos ojos negros y diminutos que le miran afanosamente desde arriba, Pepe sube con nerviosa presteza la escalinata húmeda y verdosa. Y en el tumulto de la llegada, entre el vaivén mareante de la gente, rodar de carros, chasquidos de látigos, romper tonante de olas, luz deslumbradora de sol, padre e hijo se abrazan rudamente, con apretón vigoroso que suspende la respiración en sus pulmones.

En aquel momento brevísimo y delicioso se aislaron por completo y cuando volvieron a divisar el mar, el cielo, las casas y las gentes, fue como si despertaran de un sueño, aturcidos.

### III

#### ¡Oh, cara patrial

Después que el señor Santana le soltó, Pepe fue abrazado por varias personas, algunas de las cuales no pudo conocer en aquel instante. Era un grupo compacto y bullicioso de amigos, de parientes, de gente novelera que le miraba de hito en hito. Allí estaban Pancho Vega, señor Lucas el alguacil de Palacio, Santiago el mestizo, Rafael el de los gallos, Roquito el sastre, y el amigo predilecto del recién llegado, Joaquín Pérez el zaino, a quien todos los compañeros del colegio de San Isidoro conocían por *Canabuey*, a causa del color blanco-lechoso de su cara truhanesca, sembrada de pecas.

Todo se volvía estrujones, palmetazos en la espalda, apretones de mano. Antes de llegar a San Telmo el grupo tropezó con maestro Chano, compadre del señor Santana, que acudía a media carrera, con su ancha cara de picador retirado, radiante de júbilo. Quería a Pepe como a un hijo y le abrazó llorando. Siguió luego detrás de él, pegado a sus talones, mirándole de arriba a abajo y mientras se sonaba en un pañuelo rojo, tan grande como un tapete, murmuraba con aquel tonillo lánguido y quejumbroso que tanto impresionaba al recién llegado, después de cinco años de ausencia.

—¡Qué *rejundido* viene, jinojo! ¡Qué pitre! ¡Vaya a la porra el niño!

Y otras exclamaciones por el estilo, que revelaban su íntimo gozo.

En la calle de Isabel la Católica fue necesario detenerse varias veces, para corresponder a prolongados saludos. Aquí el dueño de la tabaquería *La flor de Cuba*, indiano siempre en mangas de camisa, con su cara eclesiástica, arrugada y verdinegra como la piel de un habano; allí el maestro barbero, propietario de *La Elegante*, moreno y bigotudo como un ballestero del tiempo de la conquista, usurero felino e implacable; más lejos Piferrer *el pañero*, catalán rubicundo, redondo como un planeta.

Un sacerdote gigantesco, una torre con hábitos, atravesó el empedrado para estrechar la mano del señor Santana.

—Don Pepe, ¿cómo va? ¿Conque ya llegó el indiano? *De arrancada*, ¿verdad? ¿Será este pollo?

—El mismo es. ¿Pero que usted no le conocía?

—Con otra vista serán dos. Para servir a ustedes. Pues nada... con felicidad sea. Ya tiene usted un hombre.

Y el hombre se detenía a cada paso, contemplando con íntima delectación las cosas todas de su país, mil detalles dormidos en un rincón de su memoria, que le salían de improviso al encuentro, como antiguos amigos que piden la bienvenida. Todo le sorprendía y encantaba.

—¡Conque ya quitaron el pilar viejo! ¡Todavía está sin fabricar la casa quemada! ¿Será posible que aún no se haya muerto *Crujido*?

Y, en efecto, un viejo, un *palanquín* desarrapado y descalzo pasó, exclamando con voz de bajo profundo y alcohólico:

—Dios me lo conserve, don Pepito.

Acercábanse poco a poco al barrio natal, a las Cantonerías, en medio de la curiosa expectación de los escasos transeuntes y de las señoras y niñas que aquí y allí se asomaban a las ventanas y balcones. Pepe caminaba erguido, enderezando el espinazo, buscando elegancias en su busto juvenil, seguro de producir efecto con su terno de viaje azul oscuro y su hongo de última moda. A su lado trotaba el señor Santana, radiante, con su ropa de

dril almidonada, sin corbata (nunca la usó), inclinada hacia atrás la *cachorra* de fieltro negro, de anchas alas, mascando con sus dientes negruzcos la *cachimba* de madera, que nunca se le caía de la boca.

Desde la esquina de las Cantoneras, aquel sitio tan presente en los recuerdos de Pepe, en que la acequia se desgaja desde pequeña altura, formando una cascada transparente y rumorosa, a la sombra de una higuera, viose correr, viniendo desde arriba, a dos chiquillas bien peinadas, vestidas de vistosa zaraza.

—¡Pepilla, Soledad!

Y el viajero corrió, tendiendo los brazos, hasta chocar con las dos hermanitas, que se arrojaron locamente a su cuello, alzando hacia él sus caras diminutas, pálidas de emoción.

Pasados los primeros instantes:

—Ay, que trae espejuelos— dijo una.

—Y pegadito el acento de *fuera*— añadió la otra.

...Faltaba la madre que dormía un poco más abajo, detrás del follaje sombrío de las plataneras, en un nicho del blanco cementerio acariciado por la tibia lumbre del sol, junto a la orilla del mar, cuyo sordo rumor se desvanecía entre los mil ruidos de aquella espléndida mañana.

Pero las madres siempre están presentes en momentos como aquel.

Al día siguiente, al despertar Pepe Santana en su antiguo catre de hierro, le saludó afectuosamente la voz grave de un amigo de su niñez. Era la acequia, que corría a dos pasos, debajo de su ventana. Más lejos sonaban, con rítmico golpeo, los martillos de la herrería del maestro Gutiérrez. Pasó una mujer pregonando *almidón, almidón blanquito*. De pronto una voz ruda, abaritonada, dijo muy cerca con acento trágico:

—¡La leche!

Qué diferentes aquellos ruidos familiares, impregnados de la paz deleitosa del rincón atlántico, de aquellos otros de la ciudad peninsular en que Pepe había hecho sus estudios, pisotear incesante de gente atareada, rodar de coches, pitos de tranvías, gritos de vendedores, unos graves, otros agudos, (*capsas de mistos*, el Liberal, el Diluvio, el Diario de Barcelona).

¡Y el almuerzo de huevos fritos y chorizos de la tierra!  
¡Y por la tarde el puchero, con piña, ñame y calabaza!

#### IV

### Remembranzas

Frente a la puerta de la calle, en cuyas pesadas hojas de tea los anchos clavos, mojados por la lluvia, habían trazado leves regueros de herrumbre, había otra, más pequeña, pintada de verde, abierta en el paredón del nacimiento. Por allí se entraba a la huerta.

¡La huerta! ¡Cuántas veces, en las noches de invierno, encorvado sobre la mesilla inválida, con los ojos fijos en la página del cuaderno de apuntes, teñida de amarillo por la luz mal oliente del quinqué, había Pepe evocado aquel rincón deleitoso, intrincado laberinto de plataneras, inmóvil y como pintado en el azul intenso del cielo de su país!

Cuando él tenía doce años, la lectura de los libros de Mayne Reid y de Gustavo Aymard le calentó la cabeza. Un *uhase* de su imaginación infantil convirtió la huerta de las Cantoneras en selva virgen de la América del Sur. Con la camisa fuera de los pantalones, a modo de leve túnica ceñida a la cintura por una tira de color, cubierto el cráneo ensortijado por una *cachorra* de su padre, adornada con plumas recién arrancadas a las alas palpitantes de una gallina, el intrépido cazador se deslizaba por entre los troncos húmedos y sedosos, suspendiendo el aliento, con el dedo puesto en el gatillo de su carabina de caña. El viento sopla del Norte. ¿Habrá percibido el antílope las emanaciones del cazador? Y de pronto estallaba el disparo ¡*Punn!* Y la cabra, atada por una pata en un rincón del huerto, ignorante del elevado rango que Pepe le otorgara en la escala zoológica, fijaba en él con sorpresa sus rasgados ojos amarillos.

Otras veces, el audaz aventurero se armaba de pies a cabeza, ciñendo el cuchillo de la cocina y la mano del almirez, a guisa de revólver. ¡La caza del leopardo! Y entonces era más corto el camino recorrido por la imaginación, porque allí, a dos pasos, acurrucado entre dos ma-

cetas o tendido panza al sol se hallaba, suelto y no atado, un temible representante de la raza felina, el gato.

Pues y cuando el buen Pepe era perseguido por los indios, enemigos jurados del valiente *cara pálida*. Conteniendo la respiración, borrando con una mano la huella húmeda de sus pasos, obligado a veces a encaramarse en el tronco de una higuera, el cazador competía en ingeniosas astucias con los salvajes que le seguían la pista, empeñados en despojarle de su enmarañada cabellera. Cambiábanse algunos disparos y luego seguía el feroz combate al arma blanca. Presa de fuertes ligaduras, era Pepe conducido al árbol de los suplicios, a cuyo tronco le ataban los indígenas, quienes, después de danzar en corro con un palmo de lengua fuera, lanzando a intervalos el grito de guerra, le atormentaban con agudísimos pellizcos, mientras el prisionero, con admirable impavidez, les insultaba llamándoles *ñangas*, *ñanguetas* y gallinas.

A veces, por variar, el conflicto se resolvía amistosamente. Concertada la paz entre ambas razas, sentábanse todos en el suelo, formando corro y pasaba de mano en mano, gravemente, *la pipa del consejo*, o sea un cigarro virginio, robado al señor Santana, que mareaba por igual a pieles blancas y rojas.

Apenas hubo Pepe Santana saludado un ejemplar sudado y amarilloso de *Los tres mosqueteros*, la decoración cambió bruscamente. Dejó de ser *Corazón de tigre* para convertirse en Artagnan y sus amigos, los chicos de la vecindad, el hijo del maestro Chano, los dos del herrero, Rafael el de los gallos, fueron Athos, Porthos, Aramis etc.

A Canabuey, que era el más pequeño de todos, le tocaba hacer de Planchet, papel que siempre desempeñó a regañadientes, pues le tenían reducido a mantener del diestro los caballos (varas de pirgano) mientras los demás se batían con endemoniado furor.

Oíanse exclamaciones del tenor siguiente:

—¡Sois un miserable!

—¡Defendeos, señor conde, no quiero atacaros por la espalda!

—¡Maldición, estoy herido!

—¡Pardiez!

—¡Mil diablos!

En medio de aquella portentosa resurrección de tiempos y costumbres heróicos y pintorescos, oíase la voz áspera del señor Santana que clamaba desde el patio:

—Niños, ¿qué *tontería* es esa? Al que me destroce el platanal le rompo yo una pata.

## V

### Entrata di Margherita

Como el señor Santana, el padrino Chano y todos los amigos de la casa recomendaban al nuevo licenciado la vida de relación, Pepe resolvió presentarse a la sociedad atlántica en los paseos de la Alameda.

El domingo aquel, apenas llegada la noche, él, personalmente, dio lustre a sus zapatos y cepilló el *chaquet* que era rabicorto y estrecho de solapas, como entonces se estilaban. Vedle ya vestido, peinado, oloroso, reluciente, con capullo en el ojal y bastón entre los dedos, camino de la casa de Santiago Thornhill (el mestizo).

Era Santiago un abogadillo recién graduado, hijo de inglés y de española. Encontróle Pepe en mangas de camisa, batallando ante el espejo con los botones de la pechera, obeso ya a los veintidós años, con barriga de hombre serio y ancho semblante imberbe, colorado como el de su padre que, según era sabidísimo en la ciudad, acostumbraba *jirarse* todas las noches con ron o con ginebra.

Penetraron los dos amigos en el paseo, embargados por molestísima emoción, que procuraban ocultarse el uno al otro.

Desde la puerta de entrada hasta el extremo indeciso en que blanqueaba vagamente una estatua de la Gran Atlántica, se extendía una doble hilera de faroles de petróleo, debajo de los cuales alineábanse en la penumbra las sillas y los bancos, ocupados por personas de ambos sexos, estiradas como en visita. Tratábase de recorrer de una punta a otra aquel salón vegetal, aguantando el fuego cruzado de miradas inquisitivas y burlonas. Manejando el bastón con aparente desenfado, coloradas las

orejas, con levísimo sudor de angustia en la nuca, debajo del cuello de la camisa, los dos abogados realizaron su odisea, cambiando palabras cuyo significado ninguno de los dos entendía. Dos o tres parejas de muchachas, que andaban por allí, con pisar lánguido y onduloso de criollas, les miraron al pasar, con intensa curiosidad.

Una de ellas murmuró:

—Es el hijo del señor Santana, con el de *mister Tom*.

Flotaban en el ambiente olores complejos de tierra húmeda, polvos de arroz y humo de tabaco y por encima del leve cuchicheo de las conversaciones y del chasquido de las hojas secas, holladas por los escasos paseantes, oíase el rumor grave y continuo del follaje de los altos plátanos, mecido por la cálida brisa de aquella límpida noche de verano.

Había curiosos en los balcones y ventanas de todas las casas que circundaban el paseo. Por fuera de la verja, en la acera y aun en el empedrado de la calle, se agolpaba numeroso público femenino de nube a la cabeza y mirada escrutadora, congregado allí desde las primeras horas de la noche, para cambiar impresiones acerca de los vestidos y sombreros y recoger temas de conversación para las horas de costura de la próxima semana.

Cerca ya de las nueve, y a los compases de un estrepitoso pasodoble, entró pausadamente en el paseo la familia de la Tuesta.

Ya no eran los míseros emigrantes de la bodega del *Guanarteme*. Don Mariano, enfundado en angosta levita tornasolada, cubierto hasta las cejas por ingente sombrero de copa, contemporáneo del Estatuto Real, daba convoy a las cuatro pollas, Amparito, Concha, Carmela y Pepa, uniformemente vestidas de amarillo, como otros tantos plátanos de manzana. Rodeábales la consideración que en Atlántica se tributa a los funcionarios del Estado que vienen de *fuera*. Decíase que la señora de don Mariano era sobrina política de un duque y el jefe de la familia, producto ilegítimo de las condescendencias que una señora de la corte tuvo con un elevadísimo personaje. Joaquinito, estrenando el primer traje nuevo de su terrenal existencia, paseaba, vivaracho y ocurrente, al costado de las niñas de Celaje,



célebres por su miopía, gordura y simplicidad y también por la buena *conveniencia* que a su tiempo heredarían.

Terminó el pasodoble, con violentos estallidos metálicos y golpes cavernosos de bombo, y después de un rato de silencio, los clarinetes de la banda dibujaron un preludio lánguido, lento, prolongado en el ambiente tibio y rumoroso suaves modulaciones, impregnadas de femenina dulzura. Y de aquellos trazos horizontales de armonía serena y romántica, brotó de improviso, subiendo hasta los cielos, rapidísima, culebreante como un fuego artificial, una serie de escalas ardorosas, llenas de elegancia y de juvenil alegría. Y seguidamente el vals de Fausto empezó a girar en el espacio, sacudiendo sus alas palpitantes, esparciendo por el ambiente de la tranquila noche de verano su cadencia ideal, poética, soñadora.

En el momento preciso en que un instrumento de metal perfilaba con timbre argentino, delgado y tembloroso como la voz de un tenor la exquisita y delicada frase *Permettereste a me, mia bella damigella...* los dos licenciados, que llegaban a la puerta del paseo, tuvieron que apartarse para dar paso a una joven que entraba lentamente, acompañada de su familia. Era casi una chiquilla, esbelta y pálida, vestida de blanco, y debajo de los rizos oscuros que velaban su frente, brillaban con fulgor suave sus ojos negros, en la blancura anémica del rostro. Miró rápidamente a Pepe y sonrió y al sonreír, irradió de sus ojos una luz de aurora, una suerte de resplandor vibrante y fugitivo, que comunicó a todo el rostro una expresión extraña, apasionada y melancólica a la vez.

—¿Quién es, quién es, Santiago?

—Margarita, la mayor de las de Ramos.

Era Margarita. La fantasía sobre motivos del Fausto terminó pausadamente, prolongando los últimos acordes, desmayados, discretos, temblorosos como suspiros.

Y he aquí como el corazón de Pepe Santana, despertando del sueño de la adolescencia, entró de lleno en la vida accidentada y tempestuosa de la pasión, bajo el alto patrocinio del maestro Gounod, honor grande de que el ilustre compositor tal vez nunca llegó a enterarse.

## VI

### Canabuey y Panchelli

Joaquín Pérez (Canabuey) había sido piloto. Diole la fiebre en la Habana y quedó tan débil que los médicos aconsejaron a sus tías (tenía cuatro, todas solteras y mayores de cincuenta) que le hicieran abandonar las rudezas del pilotaje. Desde entonces media zaraza y despachaba carretillas de hilo y cinta blanca en la tienda del pañero Piferrer.

Era implacable conquistador de criadas y contaba los triunfos por docenas. Todas sus antiguas estratagemas de hombre de las selvas (era uno de los pieles rojas de antaño) las empleaba ahora en asediar y sorprender la honestidad de las pobres muchachas que bajaban de las Vegas o de Doramas para servir en la ciudad. Apenas si encontraba resistencia. Bastaba una *visual* de aquellos ojos amarillos y truhauescos y una sonrisa de aquella boca grande y *engraciada* para precipitar a una inexperta *criansa* en los abismos de la pasión.

Aunque había nacido en la clase media, sus aficiones y hábitos le llevaban al pueblo, con atracción irresistible. Usaba siempre americana y *cachorra* y debajo del chaleco una faja de color. Montaba a burro con espuelas de plata y no paría una mujer en los *Barquitos* o en el *Risco* sin que el amigo Canabuey amenizara la *última*, tocando divinamente la guitarra, que había aprendido bajo la dirección del señor Morales, afamado tocador atlántico.

Aunque era provocador y *amigo de pleitos*, sabía escurrir el bulto, tan pronto como el estado del ambiente anunciaba la proximidad de una lluvia de *trompadas*. Sin embargo de tener menos aliento que una gallina, pretendía con grandísima desvergüenza sentar plaza de hombre terne y dado a los demonios.

Un día, *verbi gratia*, se presentaba en la tienda con la nariz tumefacta, de color de vino tinto.

—¿Qué ha sido eso, Joaquínillo?— le preguntaban los amigos.

—Pues nada, que anoche estaba yo hablando con una muchacha en San Nicolás y llega Antonio Lemes el de las Tenerías. Y yo le dije, digo: Esto... Antofiito, ¿qué es lo que mira? Y él me dijo, dice: Lo nunca visto. Entonces me tiré a *ovillarle una trompada*, pero *trompiqué* en una piedra y me *mollé* un poco la nariz en el estadal.

Después se averiguó que la tarde anterior había estado en una *desgranada*, donde *el de las Tenerías*, molesto por cierta malagueña picante que acababa de cantar Canabuey, le había disparado un *carozo* en mitad de la nariz.

Fue Canabuey el eslabón que reanudó la interrumpida cadena de las viejas amistades de Pepe. Poco a poco rodeáronle nuevamente los amigos de su infancia, los compañeros del colegio de San Isidoro, que en un principio se retrajeron, recelosos y desconfiados de que *el hombre de carrera* se negara a alternar con ellos.

Entre todos distinguió Pepe Santana a Pancho Vega, (Panchelli), un pobre diablo que tenía verdadera chiflaura por la música. Debía el *nombrete* itálico a su voz cavernosa y temblona que él, de buena fe, reputaba voz de bajo cantante. Continuamente se la estaba probando, como si su laringe fuese una jaula abierta y temiese que de la noche a la mañana se le escapasen las notas, dejándole burlado. Cuando le llamaba su madre para sentarse a la mesa, aquel profundo —*Voy, mamá*, con que contestaba, era una manifestación de su eterna desconfianza. Si en la tienda (también despachaba zaraza) le regateaba alguna parroquiiana, su acento fatídico al decir —*Es el último precio*, estremecía a las buenas señoras de Atlántica, como la evocación de Roberto el Diablo.

Como Pepe Santana había sido durante sus estudios asiduo concurrente al quinto piso del Liceo, Vega y él solían reunirse por las tardes y mientras discurrían por el camino de las Rehoyas o por la dorada y transparente playa de Santa Catalina, charlaban, discutían y cantaban hasta secarse la garganta.

Una tarde, sentado los dos en los poyos de la Plazuela, Pepe reprodujo ante su amigo, con portentosa fidelidad, el duo inmortal de los Hugonotes. Panchelli le escuchaba estático, repitiendo con el movimiento silencioso de sus

labios todas las frases del sublime diálogo. Cuando Pepe formulaba un calderón, los labios del otro se alargaban, formando una especie de *o* gelatinosa y palpitante.

## VII

### Es de guerra

A las seis de la mañana, el vigía de la Plataforma hizo la primera señal, *buque al Norte*, participándola a la ciudad dormida por medio de lentas campanadas. Aún vibraba la última en el ambiente puro y fresco de la aurora, cuando Rupertito Alemán, nervioso y en mangas de camisa, se constituyó en la azotea de su casa, dirigiendo hacia la cúspide de la montaña el tubo de su formidable antejo.

Al cabo de veinte minutos, el mástil de la Plataforma resultó adornado con más bolas negras que significaban en aquel ingenioso lenguaje —*Francés* y, casi inmediatamente, treparon por las cuerdas, acompañados de nuevos toques de campana, unos gallardetes azules. La tercera señal —*¡Es de guerra!*

Apenas la hubo traducido con ayuda del plan de señales que siempre llevaba en el bolsillo, Rupertito se precipitó escaleras abajo, pálido de entusiasmo: —Es de guerra— murmuraba mientras inscribía en su diario el gran acontecimiento. —¡Y debe ser el que ha estado ocho días en Villacruz! ¡Y aquí nada se ha preparado! ¡Qué autoridades! Ya no hay patriotismo. Somos todos unos *debasos*.

Y más veloz que una saeta, con los ojos chispeantes detrás de los cristales de las gafas, se dirigió hacia el Club, pensando con desesperación en que le faltaría tiempo para componer un brindis y aprenderlo de memoria.

Dos horas más tarde, veintiún cañonazos pausados y profundos estremecieron la atmósfera azulada de la mañana. Sube lentamente el humo gris, cuyas volutas se confunden con las nubes redondas, paradas allá arriba, como blancos navíos a los que le faltara el empuje de la brisa.

Era una fragata francesa, escuela de guardias marinas. La ciudad no contesta. Aún está en proyecto la batería de saludos. En cambio, azoteas y balcones se llenan de bul-

tos negros, gesticulantes, que apuntan hacia la rada con anteojos y gemelos.

Sirvientes cargados de vistosas macetas, facilitada por el patriotismo de los socios, afluyen a las puertas del Club, cuyo vestibulo y escalera frotan precipitadamente, armados de sendos *cocos*, dos hombres y una vieja, bajo la inspección facultativa del secretario de la sociedad, Eduardito Angulo.

En la única imprenta del pueblo las prensas crujen para confeccionar unos tarjetones, por medio de los cuales la junta directiva invita a una *soirée*, dedicada al Comandante, oficialidad y guardias marinas del buque de guerra francés *Dumont d'Urville, surto en nuestra rada*. Entre paréntesis (de etiqueta).

Y pasa el vice-cónsul francés, aprisionado en un frac azul, con sombrero apuntado y corazón palpitante de susto, en la carretela del cacique, don Marcelino del Saucillo. Y el teniente de alcalde, sobre quien gravitaba en aquel día el tremendo peso de la jurisdicción municipal, repasa febrilmente la gramática de Ollendorf, mientras que en la pieza vecina, un oficial de la secretaría, bachiller y despierto, le prepara un brindis para el *ambigú* de la noche.

—«Y yo, señoras y señores, en nombre de la muy noble y muy leal ciudad atlántica, no puedo por menos de alzar mi voz en este momento solemne para tributar el más afectuoso saludo y la más cordial bienvenida a los bizarros marinos de la nación ultrapirenaica...»

La pluma del bachiller tiembla de entusiasmo. Es que la banda militar, reunida con toda precipitación, ensaya en un traspatio la Marsellesa.

## VIII

### Antes del ambigú

Son las nueve de la noche. Por la ancha portada de las Cantoneras, enfundado en gabán claro con forros de seda y perseguido hasta la esquina por la mirada complacida y orgullosa de un viejo en mangas de camisa, sale un elegante caballero, en cuyo sombrero de copa traza fugitiva línea la luz mortecina de los faroles de petróleo.

A pesar de los guantes blancos y de la templada noche, las manos de Pepe Santana no entran en calor y al llegar frente al nuevo Club, en cuya fachada brilla la farola roja que sólo se enciende en las grandes ocasiones, siente en el diafragma una angustia singular, semejante a la que precede al acto pavoroso de los exámenes.

Es la primera vez que el hijo del señor Santana franquea, de etiqueta vestido, los umbrales del Club atlántico y aquella acción, tan sencilla en apariencia, de subir una escalera alfombrada, tiene para él la importancia y las proporciones de un *debut*.

Su emoción se atenúa considerablemente arriba, en la antesala. En lugar de los seres de planetas superiores, finos, altaneros, endiosados, que soñó la fantasía del buen Pepe, estaban allí reunidos, empaquetados en fraques arqueológicos, los tipos conocidísimos y sabidos de memoria que vio desde su adolescencia en todas partes. Aquel viejo de pequeñez inverosímil, con su barba en forma de alpargata, semejante a la de los compañeros de Pizarro, es don Dionisio Guillén, a quien sus condiscípulos del seminario llamaban *Dionisio el exiguo*. Aquel otro, alto, delgado y pálido como una aparición, con sus bigotes teñidos y sus manos largas, frías y transparentes, es el galanteador sempiterno e inofensivo, a quien sus convecinos apellidan *el gallo Morón*. ¿Y aquel personaje, revestido de carnavalesco uniforme, es a saber, de una casaca azul turquí y pantalones blancos, que de lejos parecen calzoncillos? Pues es Jacinto Rodríguez, vice-cónsul de Nicaragua. Ni faltaba tampoco el hombre de los brindis rimados, el gran patriota don Ruperto Alemán, ni aquel comisionista catalán, sonrosado, gordo y guapote como una jamona bien conservada, ni el pañero Piferrer, redondo como un planeta, ni en fin el amigo Canabuey, a quien su americana excluirá de la poesía del baile, pero no de la prosa del *ambigú*.

En las butacas y divanes los infelices padres de familia, condenados a vigilia forzosa, protestan en voz baja, entre dos bostezos, contra la junta directiva que, por imitar a los círculos elegantes de *fuera*, señalaba para aquellos actos las diez de la noche, hora en que todo el mundo se

acuesta en Atlántica, a excepción de los serenos y de unos cuantos parrandistas.

La vocecilla flaca y temblorosa de un timbre, instalado al pie de la escalera, anuncia la llegada de las señoras, a cuyo encuentro se precipita la comisión, media docena de chicos, escogidos entre los más despiertos y bien peinados, bajo la dirección de Joaquinito de la Tuesta.

En la puerta del salón de baile, formando parte de un compacto grupo masculino, Pepe Santana asiste al lento desfile de las parejas. Pasan las niñas de Celaje, simples y míopes, con sus nuca gordas, blancas y relucientes como grupas de yeguas bien cuidadas. Pasan las cuatros pollas, anémicas y macabras, Amparito, Concha, Carmela y Pepa, que en el bautismo atlántico han recibido ya el sobrenombre de *las once mil vírgenes*. Don Mariano marcha detrás, adusto y cejijunto como el perro de un rebaño. Pura se quedó en casa, por exigirlo así la interesante situación en que por octava vez se halla. Pasan las de Ramos, y los ojos negros, fulgurando en la blancura anémica del rostro, envuelven en una red eléctrica al licenciado Santana.

De improviso estalla abajo, en la calle, el sublime clamor de La Marsellesa. Un chorro de uniformes azules invade la antesala y desagua en el salón. El baile se anima extraordinariamente y por ensalmo. Los marinos acaparan todas las faldas. Por falta de parejas, hubo que llamar al servicio activo a la primera y a la segunda reserva y aquella noche saborearon las olvidadas dulzuras de la polka, en brazos de adolescentes gordos y sonrosados, las pobres jamonas, reducidas hacía tiempo a calentar las sillas del salón.

Todas las miradas, todas las sonrisas, pertenecían aquella noche a los *ultra-pirenaicos*. Los menospreciados pollos atlánticos, aglomerados en los umbrales de las puertas, protestaban contra la novelería de sus paisanas y hasta hubo quien propusiera una huelga masculina, un absoluto retraimiento para el próximo baile de Candelaria.

En el sofá de tela encarnada, colocado en el fondo del salón, el Comandante de la fragata, pequeño, gordito, con cabeza y patillas blancas y rizadas como el cordero de la Pascua, dialoga con el vice-cónsul, que se da tonos de diplomático. A su lado, el teniente de alcalde cabecea ri-

sueño, haciendo como que entiende la endiablada jerga. Y mientras sus labios articulan maquinalmente —*Oui, oh, oui, monsieur le commandant*, en un rincón de su memoria llamean, vacilan, se doblan y se eclipsan como la luz de un candil azotado por el viento, las primeras frases del brindis.

«V yo, señoras y señores, en nombre de la muy noble y de la muy leal ciudad atlántica, no puedo por menos etc. etc...»

¿Qué nombre ostenta en el catálogo sicológico aquella impresión tan desagradable y acre que siente Pepe Santana, al ver revolotear, soliviados por el ritmo burlón y callejero de un vals de zarzuela a Margarita Ramos y a un oficial rubio, narigudo con patilla a lo *maitre d'hotel*? Envidia, tristeza amarga, cólera furiosa de hombre despojado... En vano Mateo Brito le propone entre dos toses que le acompañe a tomar un vasito de cerveza; en vano el mestizo murmura en su oído cuanto ve. El retraimiento inconcebible de los ojos eléctricos se le antoja la mayor de las injusticias y de las traiciones perpetradas desde Eva hasta la fecha.

Al cabo, envolviéndose en un jirón de su destrozada dignidad, abandonó la puerta del salón y precedido de sus dos compañeros, a los que se unió Canabuey en la antesala, bajó al café, donde se despachaba cerveza y cigarrillos por cuenta de la sociedad. Por ello, la afluencia de consumidores era tan extraordinaria, que los criados no daban avío a destapar botellas.

Reinaba en aquel estrecho recinto una algazara espantosa, de cuyo seno surgían, como salivazos de espuma, las interjecciones que todo español, sin educación o con ella, intercala en el cañamazo de sus frases. Había un corro nutrido y vocinglero alrededor de Abderramán (don Justo Medina), un sesentón con cara pacífica de oveja, que tuvo la desgracia de hacer un viaje a Mogador a una compra de trigos y la mayor de publicar sus impresiones del viaje en «*La Voz del Nublo*», bajo el rótulo «*La vecina costa de África, impresiones y recuerdos*». Desde entonces el infeliz viajero, marcado como por un hierro candente con el mote moruno, era perseguido sin descanso por la ju-



ventud atlántica, que le pedía a todas horas el relato de sus aventuras.

—Don Justo, *échese* el paso aquel con la hija del vendedor de dátiles.

—Oiga, Justito, el de la judía que le robó los espejuelos de oro. Y el buen califa, amoscado, pero beatífico siempre, replicaba:

—Silencio, muchachitos. ¡Oh! ¿Qué *enralos* son estos? ¡Vaya con los *monifatos*!

## IX

### En el ambigú

Es la una de la madrugada y Eduardito Angulo, el secretario de la corporación, después de dar la última mano a las flores y a las lámparas del ambigú, abre con cierta solemnidad las puertas del santuario.

La irrupción de los devotos fue tan vertiginosa y repentina que al cabo de cinco minutos ya no había un asiento libre. Varias señoras se quedaron en pie, lívidas de coraje. Dos *oidores* se retiraron, protestando.

Eduardito se tiraba de los pelos. Aquello era una grosería. Siempre pasaba lo mismo. ¿Qué dirían *los del casino*, los miembros de la sociedad rival, implacable enemiga del recién fundado Club? A él, que había estado en París, le chocaban más que a nadie aquellas cosas. La circunstancia de haber estado en París, donde se detuvo quince días, evacuando asuntos mercantiles, había prestado a Eduardito fama de crítico musical, de inteligente en cuadros y de hombre de sociedad. Por ello fue elegido para aquel eminente cargo que desempeñaba.

Flotaba en el salón estrecho y largo una atmósfera cálida, irrespirable, en la que el perfume discreto de las rosas se casaba a regañadientes con el insolente tufo del pavo y del jamón.

Oído desde fuera, el clamoreo confuso de las voces, entrecortado por risas agudas de mujer y secos chasquidos de vajilla, producía efecto análogo a la algazara incoherente de un patio de manicomio. Pepe, medio aturdido por

la cerveza del Café, se deslizó, a lo largo de las mesas, en compañía de otros desheredados como él. No veía otra cosa que nuca inclinadas sobre el plato, conmovidas por el espasmo innoble de la gula. De pronto reconoció unos ricitos negros, y unas espaldas blancas delicadas, separadas por un ligero surco, que se perdía en las oscuridades del corpiño. Inmediatamente después se hallaba un bulto azul, que de improviso se movió, descubriendo el contorno triangular de una nariz enorme, debajo de la cual unos labios delgadísimos, en forma de embudo, pronunciaban con énfasis sonriente algunas frases de una lengua nasal. Entendió Pepe que Margarita pedía un vaso de agua y que su acompañante no acertaba a interpretar su deseo: —Esta es la mía— pensó y corriendo a una mesita próxima, tomó un vaso lleno del líquido inofensivo que nadie pensó en disputarle y al ofrecerlo a la muchacha recibió una sonrisa y un *gracias, caballero*, que le dilataron el corazón.

—¿Me hará usted el favor de bailar conmigo cuando termine el *ambigú*?

—Con mucho gusto.

El francés les miró con recelo y luego, filosóficamente, se dedicó al jamón.

Suenan aquí y allí ligeros estallidos, unos cuantos tapones cruzan el espacio, el champagne hierve en las copas, y el teniente de alcalde se levanta, más blanco que la pechera de su camisa, en un extremo de la sala.

—Silencio, chiiiiisss...

Una voz murmuró a espaldas de Pepe:

—Esto va a estar bueno.

Otra añadió:

—Agárrate, Panchito.

Panchito era el teniente de alcalde. En Atlántica, como todo el mundo se conoce, casi no existe el respeto a la autoridad.

—Y yo, señoras y señores, en nombre de la muy noble y muy leal ciudad atlántica no puedo por menos...

El bachiller, artífice ignorado de aquella joya literaria que otro exhibía como suya, repetía afanosamente con el movimiento silencioso de su labios cada letra del discurso. El orador hizo la gracia de naufragar como quien dice, dentro del puerto, es decir, en la peroración donde abun-

daban palabras muy raras, tales como Austerlitz, Friedland, Eylau y otros terminachos por el estilo, en los que cualquiera tropieza; pero el hombre, después de un instante de angustia horrible en el que pensó morir, salvó la situación con tres vivas estentóreos, pronunciados con bárbara energía.

—¡Vivan los franceses!

—¡Viva la gran Atlántica!

—¡Viva su hijo predilecto, don Marcelino del Saucillo!

Con esta última aclamación, viniera o no a cuento, terminaban entonces todos los brindis y discursos.

Contestó a seguida el comandante francés, con inflexiones nasales, interrogativas y dulzonas. Tenía un modo particular de accionar, que consistía en estrujarse con la mano el lado izquierdo del pecho y luego estirar el brazo, sacudiendo los dedos, como si sembrase entre los concurrentes pedazos de su corazón.

—¿Qué ha dicho, qué ha dicho, Eduardito? A ver, usted que ha estado en París.

—Pues nada... Lo que era natural... Que muchas gracias y que ya tienen un criado más que les sirva.

—¿Cómo es eso?

—Quiero decir... esto... que le reconozcan ustedes por un servidor etc.

Y como en aquel momento se acercase un guardia marina rezagado, mirando a todas partes con profundo desconuelo, como un beduino perdido en la soledad arenosa del Sahara, corrió hacia él y le dijo, con grandísima desvergüenza:

—*Tut le table plen, tut sellé.*

El *ambigú* duró más de una hora. Cuando los invitados dejaron el salón, la mesa apareció, bajo la claridad anaranjada de las lámparas, arrasada y triste, como un campo visitado por la langosta.

Canabuey, apostado en la despensa con otros habilitados como él, interceptó los mejores bocados.

## X

### Después del ambigú

Después del *ambigú*, satisfechos los estómagos, alumbrados los cerebros por la llama juguetona del alcohol, el baile se animó extraordinariamente. El pianista, prolífico padre de familia, tocaba con frenesí, medio loco por la virtud de unas cuantas copas de champagne que le dieron en la despensa.

Pepe baila una polka con la mayor de las niñas de Ramos. En aquellos instantes creía ocupar el centro mismo del universo y que aquel *espléndido festival* (palabras de la *Voz del Nublo* al siguiente día), los perfumes, la música, el comandante, el teniente de alcalde, el cónsul de Nicaragua, eran puro acompañamiento, comparsa humilde, destinada únicamente a bordar el fondo del cuadro, cuyas principales figuras eran él, Pepe Santana y la adorada muchacha que saltaba a compás entre sus brazos. ¡Oh juventud! Seguro estaba de recordar, hasta en el lecho de la muerte, aquella faz pálida, ligeramente crispada, en la que se abría la doble sima de los ojos negros, sombreados por finísima ceja, y aquellos labios casi imperceptibles, levemente rojos, de los que brotaba, entrecortado por el movimiento de la polka, el aliento puro y cálido de aquel pecho delicado de adolescente. Por su caldeado cerebro cruzaban ideas extravagantes.

—¡Sociedad ridícula e hipócrita—pensaba—, estúpidos y crueles convencionalismos! ¡Ah! ¡Tener un caballo dispuesto abajo, en la sombra espesa de la calleja próxima y huir con ella, llevándola en el arzón de la silla, devorar el espacio, a la luz indecisa de las estrellas!

Y recordaba a Espronceda.

—Y en un caballo con la crin tendida. La cola suelta, vagarosa al viento...

Puestos los pies en la melosa pendiente de la poesía, Pepe Santana, con acento suavísimo y aflautado, cuyo recuerdo más tarde le produjo náuseas, recitó al oído de su

pareja unos versos de un poeta desconocido, que había leído días atrás en un periódico.

...Los invisibles átomos del aire. En derredor palpitan y se inflaman...

Y cuando terminó susurrando, con el acento ronco y tembloroso de las grandes emociones —*Es el amor que pasa*, Margarita le replicó con malicia que el juzgó encantadora:

—¿Qué pasa?

—No, Margarita, que se queda aquí, eternamente y todo para usted.

Y es llevaba la mano al corazón, ni más ni menos que si fuese comandante de una fragata, escuela de guardias marinos.

Oyole Santiago Thornhill, que paseaba solo y serio por el centro de la sala, con una enorme *gata* que amorataba su semblante carnosos e imberbe y murmuró para sí:

—¡Estúpido! ¡Ya cayó! ¡La hija de un mísero empleado!

Cuando la reunión se disolvió, Pepe y Mateo Brito salieron juntos. Del recinto del café brotaban gritos, palmadas, risas convulsivas. Era que el marino de la nariz triangular bailaba un paso de *cancán* con el vice-cónsul de Nicaragua. Aquella impresión, que fue de sardónico desprecio para su rival *ultra-pirenaico*, fue la última que dejó en Pepe Santana el baile memorable.

Cuando salieron a la calle, corría fresca y juguetona la brisa. La mañana limpia, tibia y azulada anunciaba un día sereno y luminoso del invierno atlántico. Por el espacio azul, inmaculado, transparente, cruzaban a intervalos bandadas de pájaros murmurantes. El mar besaba las costas, con caricia lenta e inconsciente de monstruo dormido. Penetraba en los pulmones, con el aire virgen del crepúsculo, la alegría inmensa de vivir.

—Dichoso usted, querido— le dijo el pobre tísico, estrechándole la mano con sus dedos frágiles y sudorosos.

## XI

### Dionisio el exiguo

Don Dionisio Guillén de la Herradura, el compañero de Pizarro, vivía de las rentas de sus cortijos y no hacía nada, ni servía para nada.

Sin embargo, nadie reunía en la ciudad tantos títulos como él. Era alcalde de barrio, capitán de milicias, caballero de la Real Orden de Isabel la Católica, vice-cónsul de Honduras, socio de la benemérita de Amigos del País, vocal de la junta del Club, hermano mayor de una cofradía etc. etc.

Era parte obligada de todas las comisiones que en Atlántica se formaban para organizar un baile de máscaras, traer una compañía de zarzuela o reunir los bártulos de un bazar. Disfrutaba además de varias preeminencias microscópicas, tales como ir delante de los tronos en las procesiones de Semana Santa, sentarse como interventor en las mesas electorales o figurar en la cabecera de los entierros,

Y sin embargo, ni hacía nada, ni servía para nada. Hablaba con medias palabras, con intermitencias de fuente que tiene una piedra atascada, encubriendo con cierta risa nerviosa la horrenda vaciedad de su cerebro.

Pues bien, este señor Guillén de la Herradura, hermosísimo ejemplar de la fauna atlántica tenía tres hijas y todas tres cantaban. La más pequeña era tiple, la segunda mezzo-soprano y la mayor contralto.

Con tan filarmónico motivo, congregábanse en aquella casa dos o tres veces a la semana varias familias, a la sombra de un piano reumático. Allí se rendía culto al espíritu, con desdén absoluto de la materia. No se repartía ni un solo vaso de vino. En cambio la *pila* adornada de fresco *culantrillo*, abría de par en par sus puertas a los invitados.

En la misma casa fue presentado Pepe Santana, a los dos días de celebrarse el baile de la fragata. Era que a las reuniones solía asistir Margarita, la mayor de las de Ra-

mos, que tenía la especialidad de acompañar al piano a las aficionadas.

Cerca del arcaico instrumento y con un dedo puesto en la boca (gesto reflexivo) sentábase siempre Eduardito Angulo, rodeado de la prestigiosa aureola del viaje a París. A ratos exclamaba, con acento plañidero:

—Por Dios, niñas, denme un poquito de Beethoven.

E interiormente prefería la música del Robinsón.

La noche aquella, el concierto se prolongó hasta más de las once. El piano era objeto de un verdadero asedio. Cada cual quería hacer de las suyas, antes de irse a la cama. La mayor de las niñas de la casa cantó el *Non e ver*, la segunda la *Stella confidente* y la tercera el *Vorrei morir*. Estiraban la notas hasta descoyuntarlas, prodigaban el almíbar en los pasajes tiernos y románticos, y hacían gárgaras roncadas y temblorosas con ciertos calderones patéticos. Todos silbaban extraordinariamente las *eses*, por entender que así se acercaban a la verdadera pronunciación italiana.

Había un tenor, empleado en el Hospital, que ponía el grito en el cielo, hinchando las venas del pescuezo, subiéndole las cejas hasta la raíz del pelo, con esfuerzos semejantes a los del que intenta calzarse un zapato demasiado estrecho. Lo único que sabía era la romanza de Marta, que aprendió de memoria (nunca pudo descifrar el pentagrama). Cuando clamaba aquello de *Marta, Marta, tu sparisti*, se le oía desde la botica. En cambio Pancho Vega (*Panchelli*), disponía de un repertorio variadísimo. La noche de referencia ejecutó una pieza de muchísimo carácter. La escena del *coprifuoco* del acto tercero de los Hugonotes.

Canabuey, que era sobrino del dueño de la casa y solía aparecer por allí a última hora, sin saludar a nadie, daba con el almirez de la cocina las campanadas solemnes del cubre-fuego.

—*Rientrate, abitanti di Parigi.*

—¡Pan!

—*Che quest'è l'ora del coprifuoco!*

—¡Pan!

Pepito, a quien las niñas de la casa, deseosas de protegerle en su amorosa empresa, tenían ocupado en dar

vuelta al papel resobado de las romanzas y cavatinas, murmuraba tímidamente al oído de la pianista:

—Vamos a ver, Margarita, que es lo que usted me contesta.

La muchacha, azorada y sonriente, hería con insistencia una de las teclas del piano.

Él se enderezaba, serio y pálido, desconcertado por aquel silencio, que se le antojaba precursor de un tremendo *carpetazo*, pero luego, inclinándose, volvía a la carga, pertinaz.

—¿Pero no conoce usted las notas?—le dijo al fin Margarita, roja como una *talla*, mirándole con ojos llenos de turbación.— Do, re, mi, fa, sol, la, si, si, si.

¡Oh paraíso! ¡Cómo se dilata el corazón, y circula la sangre con desusado ímpetu y se afirma la planta en el suelo con varonil firmeza, en aquel instante divino, único en la existencial! Pensar, con masculino orgullo: ¡este pedacito de mujer, vestida de blanco, precioso, virginal, adorable, es mío, mío para siempre! ¡*Auch'io!* ¡Y también yo puedo ser el protagonista de un poema de amor, fuente de ilusiones, generador de ensueños, pedestal de esperanzas, figura predilecta del cuadro luminoso que la imaginación dibuja en el cerebro delicado de una adolescentel

Pepe salió medio loco de la *soirée* musical. Iba danzando por las calles y al paso que su corazón se desbocaba, espoleado por el júbilo y el entusiasmo, su entendimiento admiraba el rasgo de ingenio de que se valió *su novia* para contestar a la declaración. ¡Qué donaire! ¡Qué sutilezal ¡Qué *esprit!* ¡Y que vengan ahora, repetía muy serio, a ponderarnos la sal de las andaluzas!

## XII

### Los clientes de Pepito

¡La capellanía de Ortiz! Era un Himalaya de papel sellado, doce piezas de autos, desencuadernadas, amarillas, manchadas por el sudor y la sangre de varias generaciones de curiales. Había un árbol genealógico que parecía un baobab. Aquel fue el primer negocio que llevaron a Pepe



Santana, pocos días después de su incorporación al colegio de Abogados.

Tocóle defender (en turno, por supuesto) a doña Lucía González, representante actual y única, según ella afirmaba, de una de las líneas más próximas a la fundación.

Aquella vieja gorda, sin cejas, que cubría su cráneo desplumado con una mantilla verdinegra, daba malísimos ratos al inexperto jurisconsulto. Después de almuerzo, un día sí y otro no, se constituía en el despacho (a mano izquierda, una puerta de cristales) y sin tomar aliento le refería la historia entera del proceso, con su boca destentada, que a cada paso amenazaba tragarse los labios incoloros.

Sus ojos (dos cuentas de vidrio verdoso, parados, sin expresión) se fijaban invariablemente en un mapa mundi colgado frente a la ventana, como si pretendiese tomar por testigo de la justicia de su causa a todo el globo terráqueo.

Solían visitar aquel bufete otros litigantes, *verbi gratia*, un indígena descomunal, gigante avecindado en el Barranco de la Virgen, que dejaba la habitación impregnada de campestres emanaciones y el piso lleno de *cabos de virginio* y escupitajos. Aquel sujeto, sordo, majadero y pesado como una lápida, figuró siendo niño, representado por su tutor, en un pleito que aún duraba. A pesar de que ya contaba más de sesenta años, le llamaban aún todos los curiales *el menor*.

¿Y aquel sutilísimo leguleyo, de corto busto y piernas interminables, con su media joroba a la espalda y su bigote y patillas de general moscovita? Oráculo de las Vegas del Centro, era el perpetuo hombre bueno de los juzgados municipales y el satánico consejero de los litigantes de mala fe. El párroco de San Tadeo, hombre jovial y campechano, que fue unas de sus víctimas, le bautizó con el indeleble apodo de *Catón en Utiaca*.

¿Era aquello por ventura el ejercicio de la noble profesión, resumen de tantos sacrificios y fundamento de tantas ilusiones?

El señor Santana, sin embargo, se mostraba satisfecho. Era natural. Él, simple arrendatario, que en los tiempos paradisiacos de la cochinilla reuniera algunos doblones,

veía realizado su ideal de tener un hijo con carrera. Así es que tan pronto entraban en el santuario con puerta de cristales doña Lucía, *el menor*, *Catón en Utiaca* u otro siervo de la curia del mismo jaez, imponía cruento silencio a las pobres chiquillas que jugaban a *guirgo* en la huerta y hasta hubiera amordazado a las gallinas que, cuando ponían un huevo, convertían el patio en un congreso español.

Mucho molestaban a Pepe las visitas de sus clientes, pero más aún le molestaba la soledad. Se pasaba la mayor parte de las horas de la mañana y de la tarde sentado en la mecedora, fumando cigarrillos o leyendo periódicos y novelas. De vez en cuando le visitaba Santiago Thornhill, mancebo pertinaz y habilidoso que tenía de antemano trazado su camino y de él no se apartaba un ápice. Aspiraba a figurar en política, buscando en la protección de los elementos dominantes una base para levantar el edificio de su bufete. Redactaba los artículos de fondo de *El Renacimiento*, y era parte cantante de la tertulia del cacique, don Marcelino del Saucillo.

Estorbábale terriblemente en aquel agradable sendero, sombrado por árboles de sabroso fruto, su padre, el antiguo maquinista inglés, cuyas enormes *gatas* eran proverbiales en toda la ciudad. Ya se sabía. Tan pronto como *mister Tom* agarraba una *tranca*, le daba por insultar, desde las esquinas en que se apostaba, a las personas más respetables de la sociedad atlántica, dando la preferencia al *elemento oficial*. Ni el mismo don Mariano de la Tuesta se libertó de sus furores. La ingente chistera del funcionario y el andar vertiginoso de su nerviosa personilla, fueron sin duda causa de que la oscura inteligencia del borracho estableciera cierta analogía entre un *steamer* y el aristocrático señor de la Tuesta y por ello, cuando le tropezaba por las calles, se juntaba con él, con tenacidad implacable y le seguía pegado a sus talones, remedando con su torpe lengua el resoplido de la máquina y los pitazos de la bocina.

Por las noches, solía recibir cariñosa hospitalidad en el *cuarto de la cachuchas*.

### XIII

#### Salve, dimora...

Todas las noches, después del toque de oraciones, con luna o sin ella y a veces con viento y lluvia, Pepe Santana se constituía en la vieja y solitaria calle de las Tapias, debajo de un balcón, corpulento como una casa, pintado de verde, en el que a los pocos instantes aparecía la figura esbelta y delicada de Margarita.

¿Cuál era el asunto de aquellos diálogos sin fin? Ninguno de los dos podría decirlo en la hora presente. Era aquel un susurro insustancial, incoherente, sin plan ni *motivo* artístico, como la charla confusa de los pájaros al despertar en las altas ramas, con las pupilas deslumbradas por las flechas de oro del sol naciente.

En la sombra de la calle brillaba a intervalos, como una estrellita roja, el cigarrillo del galán. A retirarse éste, solía recibir en mitad del cráneo la flor que la muchacha había llevado en el pecho durante la tarde.

En las noches de luna, vibrantes, ideales, la luz plateada y suavísima acariciaba primeramente lo alto de la casa, en cuyo frontis panzudo y cuarteado se alargaban, como dedos amenazadores, las sombras de los caños. Después descendía poco a poco, sacando de la oscuridad las grietas, las manchas y los chichones de la vieja pared y cuando la marea luminosa llegaba al hueco del balcón (¡oh magia del astro vagabundo de la noche!), aquella muchacha de la clase media, ni fea ni bonita, ni tonta ni discreta, una de tantas, convertíase a los ojos del enamorado Santana en habitante de las regiones siderales, realización acabada de los ensueños de un poeta, ser de naturaleza superior y semi-divina, formado de éter y de luz.

A veces, y con tremendo susto de *Julietta*, aquella serenidad ideal era turbada, no por el canto de la alondra, sino por el vuelo estridente de una asquerosa cucaracha, de las muchas que pululaban en el añoso caserón.

A las diez, la luna en el centro del cielo diáfano, alumbraba todos los rincones de la calleja solitaria. En el am-

biente sereno y dormido surgían a intervalos ráfagas tibias y desmayadas que traían consigo el perfume de las albahacas, jazmines y bergamotas. Ladraban los perros a lo lejos y del fondo del horizonte invisible brotaba sin cesar el rumor grave y monótono del océano, la eterna melodía que cantan las olas en la playa de arena, durante las noches azules y poéticas del país atlántico.

A veces y siempre con permiso del señor Santana, disfrutaban los vecinos de la calle de las Tapias de inesperadas y artísticas serenatas. Suspiraba la guitarra bajo los habilidosos dedos de Canabuey, acompañando danzas, *isas* y malagueñas. Ni faltaba en casos tales la serenata de Schubert que, estirada por Panchelli, duraba cosa de media hora.

Después los concertistas se trasladaban a la *subida* de las Ánimas, donde vivía la hija de un oidor, que traía mareado a Pancho Vega. Allí el bajo cantante desembalaba todo el muestrario romántico y amatorio. El oidor, indignado, tenía que tragarse, metido entre sábanas, todo el repertorio de las danzas tropicales, de las que sabía Panchelli hasta dos docenas.

Cuando ya la parranda se retiraba, cuesta abajo, solía escaparse cuesta arriba el truhan de Canabuey y cantar, debajo de la misma ventana de la alcoba del papá, la malagueña que pone término a las serenatas amorosas del país:

Si quiere saber señora,  
quién la música ha traído,  
Panchito tiene por nombre  
Veguita por apellido.

## XIV

### Las niñas de Manzano

El padre de Margarita, don Cristóbal Ramos, era abogado como Pepe, mas, hubo de renunciar al ejercicio de la profesión por exceso de timidez y por falta de clientes. Diéronle un destino de diez mil reales y se casó con Juanita, después de once años de relaciones.

Cuando joven era rubio, blanco, delicado de salud, pequeñín y esbelto, verdadera figura de pajecillo de los tiempos medios, a la que sólo faltaba la escarcela y el birrete emplumado. Llamáronle por antonomasia, en los tiempos de su mocedad *el muchacho*, sobrenombre que aún le daban algunas personas de su época y que ya no le cuadraba.

Pasaba en efecto de los sesenta y la vida sedentaria le tenía hinchado, descolorido, anémico. Hacía muchos años que los lentes de su juventud habían sido sustituidos por unos espejuelos de acero, detrás de los cuales lucían débilmente sus ojos azules, pálidos y como desteñidos por el uso. Sus brazos flacos y cortos pendían a lo largo de su pecho hundido y de su abdomen prominente, rematados por dos manos amarillas, débiles como las de un infante.

Remaba en la oficina de diez a cuatro y su constante y acerba preocupación era que le llegase el sueldo hasta el último día del mes. Saludaba con interesado afecto a Pepe Santana cuando le encontraba por la calle, y en la mesa cambiaba inocentes bromas con su mujer o con la segundo-génita, Pinito, acerca del novio de la mayor, bromas que ésta acogía con sonriente vergüenza.

Las cuatros chicas, Margarita, Pino, Carmen y Jerónima adoraban al pobre viejo. Cuando llegaba de la oficina se lo comían a besos. Emplearon más de un año en confeccionar una colcha de *crochet*, para regalársela el día de su santo. Madre e hijas trabajaban *para afuera*, empeñadas día y noche en la improba tarea de engrosar con una gota de agua el mísero arroyuelo de los ingresos. Doña Juana, con su rostro exangüe, alumbrado por el divino rayo de sus hermosos ojos negros, padecía del corazón.

Dos veces a la semana, por la noche, visitaba toda la familia a las *niñas* de Manzano, amigas y compañeras de infancia de la mamá de doña Juana.

No por burlona antifrasis, sino por costumbre inveterada en Atlántica, cuando de respetables solteronas se trata, eran conocidas por *las niñas de Manzano* Anita y Frascorrita, de las cuales la menor pasaba de los setenta. Hacía muchísimos años que vivían juntas en una casa viejísima del callejón de Bentejuí.

Desde que traspasaba el umbral, figurábase el visitante transportado al tiempo viejo, a la soledad, tristeza y aislamiento de las Atlánticas en los primeros años del siglo.

Todos los objetos contribuían a producir en el espíritu aquella impresión de retroceso. El zaguán o casapuerta, con su piso de *callados* redondos y desiguales, en el que se reunían los *mataperros* de la vecindad para gustar las ruidosas emociones del juego del boliche y cuyos rincones solían ser deshonrados por los transeuntes, a favor de la tiniebla nocturna, con orgánicos desahogos por obra de los cuales la pared había adquirido un tinte anaranjado, que resistía a todos los *albeos*. El macizo postigo de tea, con peso y campanillas, el patio empedrado donde crecían embelesos, aromeros, jazmines y hasta un grupo de plataneras, alrededor del pozo de agua salobre; la escalera drrengada y oscilante, el corredor con sus barrotes despintados; la pila con su destiladera adornada de fresco culantrillo, su *bernegal* rojo y húmedo, cubierto por un plato floreado y el caracol que servía para sacar el agua; las paredes grises, llenas de panzas, de grietas y de chichones; las puertas de tea pesadísimas, con puón y taramela, los catres de caoba grandes como navíos, con sus colchas de zaraza, adornadas con flores rojas y ramaje verde; las cajas de Indias, negras y barnizadas por el uso; la pintorreada cotorra que en las horas lentas, cálidas y luminosas del mediodía, graznaba sin interrupción la misma frase chillona y gutural; los caños de madera medio podrida que en los días de lluvia escupían sin cesar sobre las piedras del patio el agua sucia de la azotea, con rítmico gorgoteo que convidaba a dormir.

En el seno de aquella paz tediosa y nunca alterada vivían las dos *niñas de Mangano* hacía muchísimo tiempo, sin la menor noticia de lo que en el mundo pasaba, repitiendo cada día, cada mes y cada año los mismos actos, con maniática regularidad, sin otra compañía que la de una criada tan vieja como ellas, la tía Sabina, cuyos ruidosos suspiros sonaban en toda la casa, y eran como la expresión o síntesis de la tristeza y del aburrimiento de toda la mansión.

Celebrábase la tertulia en la galería. Alrededor de una mesita baja de costura sentábanse en sillas de paja los

jugadores de la *napolitana*. Anita tenía por compañero a don José Collado; Frascorrita jugaba siempre en sociedad con don Atanasio, aquel clérigo gigantesco o torre con hábitos, que ya compareció una vez en este relato.

Las dos viejas eran gordas, morenotas, con mucho pelo en la ceja y encima del labio superior. Apenas si les quedaba en la boca alguno que otro diente (de muelas, no hay que hablar). Anita era mujer de carácter simple y angelical y su boca diminuta y fruncida como el trasero de un pollo, era de las que parecen estar diciendo siempre *asul*. Su hermana Frascorra era más culta, fina y sabedora. Hablaba con mucho silbido de eses, se sabía de memoria todas las reglas de la urbanidad, y representaba a la casa en sus relaciones exteriores. Era la que pagaba las visitas, los domingos, después de la misa de doce, y la que defendía los intereses domésticos discutiendo desde el corredor con las mujeres que venían a vender por la puerta pescado salado, *tollos*, o almidón.

Durante el juego apenas se cambiaban algunas palabras. Doña Juana, sentada junto al lamparín, zurcía sin parar, poniendo su mano izquierda, enfundada en la media toda llena de agujeros, muy cerca de sus cansados ojos. Las *niñas* hacían *crochet*, manejando la aguja con agilidad pasmosa, contando los puntos en voz baja. Más lejos, en el sofá de paja arrimado a la pared, frente a la entrada de la escalera, se aislaban los dos novios del resto del universo, entablando un diálogo susurrante y sin fin, que sólo terminaba a las diez, hora en que todos se retiraban.

Alguna que otra vez la serenidad de aquellos plácidos instantes era turbada por el mal humor de Frascorrita, que se iniciaba tan pronto como la fortuna le volvía las espaldas e iba creciendo, creciendo en proporción de las manos que perdía. Empalidecía por grados y si llegaba el caso ignominioso de que sus adversarios le colgasen un *capote* o una *mantilla*, se quedaba lívida como un cadáver y le temblaba la mandíbula inferior.

Su furor reconcentrado llegaba al paroxismo cuando don José Collado le decía con voz lenta y gangosa:

—Buena mantilla para ir a misa, Frascorrita.

La vieja, no pudiendo decorosamente descargar su ira sobre los adversarios, se revolvía contra el infeliz don

Atanasio, varón inocente y de limitadísimo cacumen, célebre por su afición a los huevos fritos, de los cuales se comía de una sola vez hasta dos docenas, al decir de las gentes.

Dábale a entender con frase irónica y afilada que era un pobre hombre, sin ingenio ni diplomacia, incapaz de comprender los misterios de la napolitana. Él y sólo él era el responsable de las vergonzosas mantillas y de los capotes, tan ignominiosos como sambenitos.

El buen don Atanasio cerraba los ojos y dejaba caer la cabeza sobre el pecho, murmurando con su voz abatida y cavernosa:

—Todo sea por Dios.

De vez en cuando, en el silencio de la noche, sonaba rumor de pasos en la desierta calleja. Levantábase aprisa Frascorrita, imponiendo silencio con un gesto y, pisando quedamente, iba a ponerse en acecho en el balcón de la sala. Si el transeunte penetraba en el zaguán, aguardaba con ira reconcentrada a que terminase su faena, exasperada por el rumor acuático que llegaba a sus oídos, pero sin atreverse a interrumpirle, por respeto al precepto evangélico que nos manda no hacer a los demás lo que no quisiéramos que nos hiciesen a nosotros mismos. Mas, tan pronto como el despreocupado varón surgía de las tinieblas de la casapuerta, era desagradablemente sorprendido por una voz cascada que, con entonación rabiosa, aunque reprimida por temor al escándalo, le decía:

—¡Baladrón, poca vergüenza, mal criado! ¡Vaya una frescura! ¡Ajoto que somos mujeres solas nos viene a afrentar el pedazo de cochino!

Cuando sonaban, tristes y lentas, las primeras campanadas del toque de ánimas, dejaban todos la baraja, y empezaba una serie interminable de padrenuestros a las ánimas del purgatorio. Cada uno soltaba en alta voz el nombre de un pariente o conocido difunto, cuya situación ultraterrena pretendía mejorar.

—Por el alma del maestro Padilla: Padre nuestro que estás en los cielos...

—Por la pobre Pinito, la de las cruces de San Juan: Padre nuestro etc.



Solía entrar después del rezo don Cristóbal, que venía de charlar con otros vejestorios en los poyos de la Plaza y entonces, a las emociones del juego, sucedían las delicias de la conversación. Comentábanse por la centésima vez los sucesos del día, lamentábanse las mujeres de la carestía de los huevos o de las papas y salía a relucir la historia interna de las respectivas criadas. Pero la conversación venía a parar fatalmente a los sabrosos temas de higiene y de medicina.

En tales asuntos era parte cantante don José Collado, viejo tan aceitunado, con tanto pómulo en la cara y tanta *pasa* en el cráneo, que hacía verosímil la creencia de que en muchas familias atlánticas hay un antepasado de la familia de Cham. Era maestro de escuela y médico *amañado* de tanto prestigio, que el vulgo y aún muchas personas ilustradas le daban más crédito que a los tres o cuatro médicos de verdad que en aquellos tiempos vegetaban en la población. En el arreglo de brazos y piernas *desconchavados* era don José una maravilla y hasta tenía sus acertones en asuntos meramente patológicos. Poseía un repertorio inagotable de medicinas caseras. Recetaba el *pasote* para los cólicos, el barro de la pila para el *fuego salvaje*, caldo de perritos a los tísicos, el agua de nogal para las irritaciones, la de flor de tunera para la tos, y *pipas* de calabaza para las lombrices. Recomendaba los cuidados más exquisitos y la más severa abstinencia en el segundo día de purga y proscribía sin apelación a la albacora, por el misterioso delito de ser *sanguina*. En la rama de las ciencias médicas concernientes a los callos, su erudición no tenía límites.

De esta suerte transcurrían las horas lentas y aburridas de la velada. En los ratos de silencio oíase el hervidero sordo y monótono de las olas y la caída rítmica de la gota de agua en el bernegal. La paz dulce y soñolienta del rincón atlántico envolvía todas las cosas, abrazando con íntima caricia la isla dormida en la soledad rumorosa del océano.

### La oración pro Sargo

El presidente, revolviéndose en el ancho sillón de terciopelo rojo, carraspeó con fuerza y, dirigiendo hacia Pepe Santana su mirada indecisa de miope dijo:

—Tiene la palabra el letrado defensor.

En el salón estrecho y largo, por cuyas sendas ventanas penetraba la luz recta y blanca de aquel espléndido mediodía, se agolpaba el público, más de cincuenta personas entre las cuales figuraban en mayoría los oficiales de zapatero, clase social que en Atlántica delira por los debates forenses.

En los bancos más próximos al estrado, la familia del *debutante* formaba con los amigos y clientes, núcleo apretado y palpitante de emoción. Allí estaban el padrino Chano, pálido de susto, Pancho Vega, Canabuey, el *menor*, Eduardito Angulo, Roqulto el sastre y Mateo Brito, de uniforme. El señor Santana, sin valor para entrar en la sala, paseaba por los anchos claustros, aguardando ansioso las noticias que de cuando en cuando le transmitía uno de los porteros, amigo suyo.

—*A tiro se va a concluir la preba. Ya está alegando el fiscal...*

Una semana hacía que Pepe Santana había perdido el apetito, el sueño y la tranquilidad. Cuando, revestido por vez primera de la noble toga, vio su imagen reflejada en los cristales empolvados de las ventanas del *Palacio de Justicia*, creyó contemplar el espectro de un reo condenado a muerte, enfundado en la fatídica hopa. Juguete del inflexible mecanismo social, dejábase llevar, inconsciente y resignado, al pavoroso trance. En la tumultuosa confusión de su espíritu, percibía sólo claramente el deseo furioso de que llegara pronto la tarde de aquel día, el exquisito momento en que, sentado en la huerta de su casa, debajo del laurel de la India, respiraría libre del tremendo peso del informe, cuyas frases pretenciosas y hueras revolotea-

ban por los ámbitos de su memoria, molestas y susurran-  
tes como las moscas en días de bochorno.

¡Y el lastimoso contraste entre la agitación incohe-  
rente de su espíritu y la serenidad luminosa de aquel día  
radiante de primavera! Había en el cielo immaculado, en  
el ambiente claro y tembloroso, en las paredes blancas y  
rectas bañadas por la luz, en el verde luciente de las ho-  
jas, en la superficie azul y levemente rizada del mar dor-  
mido, la huella permanente de una mirada paternal y be-  
névola, difundida por ojos invisibles y potentes sobre la  
naturaleza entera.

El fiscal, un andaluz viejo, teñido y vivaracho, termi-  
nó diciendo:

—En zu conzecuenzia pido a la Zala se zirva conde-  
nar al prozezao a la pena de do meze y un día de arrez-  
to mayó, accesoria y costa...

—Tiene la palabra el letrado defensor.

Un minuto, un año, un siglo de pavoroso silencio. Des-  
colorido y trémulo, Pepe cerró los ojos y al abrirlos ma-  
quinalemente, los rostros de los oyentes ejecutaron una ron-  
da vertiginosa y fantástica, multiplicándose hasta lo infini-  
to en el espacio los ojos brillantes, las bocas dilatadas por  
la atención. Sintió, en aquel momento brevísimo, crujir to-  
dos los tabiques de su cerebro y una risa sarcástica y ner-  
viosa le retozó en la garganta. Y de pronto, casi con in-  
dependencia de su voluntad, su lengua se movió, revolvién-  
dose en el seco paladar, y una voz atiplada, fría, espectral,  
que no era la suya, pronunció las primeras palabras del  
informe.

Tratábase de un viejo, vendedor ambulante, que en la  
última fiesta de Jinámar había sustraído de un ventorrillo  
media docena de guayabos, una rueda de chorizos y un  
frasco de ginebra. Era un hombrón, peludo y fuerte como  
un burro, que vestía de dril sucio, con ceñidor encarnado,  
sin chaleco ni corbata. Probado el delito, la defensa de  
Antonio *el Sargo*, que así llamaban al reo, se limitaba a  
presentarle como una víctima del indiferentismo *burgués*,  
de la falta de educación moral y religiosa, del egoísmo de  
las clases ilustradas «que no saben o no quieren tender  
una mano salvadora al proletario que tropieza en lo alto  
de la fatal pendiente y rueda y rueda, señores magistra-

dos, con vertiginoso movimiento, sin parar, sin detenerse hasta el fondo del abismo sombrío en el que le aguardan la deshonra, la desesperación, la muerte quizás.»

Al terminar este período, circuló por la sala un murmullo de aprobación y, súbitamente envalentonado, sintiendo hervir en su pecho inverosímiles ardores de combatiente, asiendo con mano segura y fuerte el verbo escurridizo y rebelde, para lanzarlo luego en el ambiente cálido y palpitante del salón, el buen Pepe se creció maravillosamente y empezó a gritar, poseído por el misterioso diablillo de la inspiración. Y en las pausas que señalaban el fin de los períodos, redondos y vacíos como bolas de jabón, el surtidor del patio parecía alentarle, diciéndole con su rumor susurrante y continuo:

—Sigue, muchacho, sigue.

Al llegar el momento de la peroración, la figura del *Sargo* resplandecía en la altura, luminosa y grande como la de *Juan Valjean* y la sociedad resultaba única responsable del hurto de los guayabos, de los chorizos y de la ginebra. Una deprecación patética al Tribunal, con la mano puesta en el corazón y punto final.

Al despertar Pepe de aquella embriaguez oratoria, le sorprendió desagradablemente el tono indiferente y hastiado con que el presidente, agitando la campanilla dijo:

—Visto. Se declara concluso el juicio para sentencia.

Pero en el patio le aguardaba una ovación entusiasta. Estrechó innumerables diestras, húmedas de sudor y recibió centenares de abrazos y palmaditas en el hombro.

—Al pelo, amigo Santana.

—Bravo, don Pepe. Se ha colocado usted a una altura que...

Y el padrino Chano, mirando el reloj, repetía asombrado:

—Veinte minutos ha estado alegando sin tomar resuello. ¡Vaya a la porra el niño!

## XVI

### ¡Al Puerto!

¡Al Puerto! Trátase de solemnizar con un día de jarana el triunfo de Pepito. *El charabán* rueda con rumor sordo y prolongado por la blanca carretera, entre la doble fila de verdes *tarahales*, acompañado por alegres chasquidos de látigo, risas vivas, y exclamaciones.

A la derecha el mar, inmensa palpitación azul bajo la serenidad luminosa del cielo, avanza, retrocede, se alarga y se encoge, humedeciendo con lenta y rítmica caricia las arenas de oro, en cuya planicie transparente y dilatada se refleja vagamente la intensa negrura de las rocas de la playa.

El almuerzo les espera en la casa de tío Agustín Monteverde. Ved a los expedicionarios sentados en el suelo, sobre una estera de palma, entre las cuatro paredes del estrecho cuartucho, adornadas con media docena de láminas, que reproducen episodios de la historia sentimental de Pablo y Virginia. ¡Con qué rapidez vertiginosa huyen, derrotados por el apetito juvenil, los huevos fritos, los chorizos, las aceitunas, las *clacas*, los frescos racimos de uvas!

Llega el momento de la pesca y el grupo bullicioso y gesticulante sale de la casucha, precedido del viejo pescador que lleva sobre su hombro derrengado las cañas cimbreantes, cuyos alambres se mezclan y entrecruzan con metálico zumbido. El sol pica como un sinapismo, la arena abraza los pies.

Por todas partes luz cegadora, soledad y silencio. Al pie de las enormes montañas grises, en cuyas cimas brillan a los rayos del sol dos construcciones blancas, el Faro y la Atalaya, y en el punto en que terminan las vertientes abruptas y rojizas del *malpais*, el desierto arenoso comienza y llega hasta la playa, aquí y allí salpicado de verdes matas de *tuneras*, *marbustos* y tarahales. La casa del mesón, la de la Virgen pegada a la pobre ermita, el *castillo* de la Luz cuya base rodean las olas perezosas

y lánguidas y dos o tres casitas de pescadores, algunas de ellas sin encalar, parecen abandonadas ruinas de una aldehuela africana, perdida en la solitaria playa del Sahara.

—¿A onde quieren dir, caballeros?

—A la cueva, tío Agustín.

—Fatalita está la bajada, don José, para la gente que no está arregostada.

—Pues yo me quedo, señores, por si acaso— dijo Pancho Vega, que era falso de piernas.

—Yo lo agarraré, caballero, no hay cuidiao.

La bajada era una vereda de áspero volcán, suerte de escalera vertiginosa entre el risco árido y negro y el abismo murmurante. Al llegar abajo era preciso saltar a la playa desde una altura de dos varas, pues faltaban los últimos peldaños, roídos por el diente infatigable de la ola.

El sitio aquel era solitario, adusto y severo. Altos paredones de granito, en cuyos cimientos socavados el mar entraba y salía con sordo gorgoteo, limitaban el paisaje a derecha e izquierda, formando una cámara cerrada, con piso de arena negra y finísima y techo de azul infinito, rígido, incandescente. En el espacio libre, comprendido entre las dos murallas, se extendía el panorama inmenso, en cuyo fondo lejano y tembloroso perfilábanse las montañas del norte de la isla, al pie de las cuales comenzaba el mar, que en insensible pendiente llegaba hasta la playa y en ella se tendía con bruscos estallidos, salpicando de espuma furiosa dos peñascos planos, uno grande y otro pequeño, semejantes a dos balsas negras, ancladas e inmóviles en medio de la eterna agitación del oleaje.

Frente al mar, se abría en la masa oscura del risco una caverna más ancha que larga, cuyo piso de piedras lisas, negras y redondas estaba salpicado de botellas rotas, de huesos de aceitunas, de papeles arrugados y grasientos, restos de pasadas parrandas que habían comido y vociferado en aquel sitio.

Bajo la inmensa hoguera del sol, Pepe, Canabuey, Panchelli y Mateo Brito, sentados en la roca lisa y candente siguen con la vista el bailoteo mareante de las boyas. Tío Agustín, en cuclillas, cuida de renovar el cebo, sacando de un *gánigo* de barro la lombriz, que hormiguea y se retuerce entre sus dedos, negros y cuarteados. De vez en

cuando arroja al mar un puñado de *engodo*. Luego se rasca encarnizadamente la maleza encrespada del cráneo.

El océano fulgura. La reverberación de las aguas que ma las pupilas.

Se hunde súbitamente la boya de Canabuey.

—Tire, Joaquinito, tire.

—¿Será una *panchona*, tío Agustín?

Era un paquete de *sebas*. Grandes risas.

Resultado de la pesca: dos *verdes* y un *peje tamboril*.

Aburridos al cabo, con la piel echando fuego y el cráneo en ebullición, los cuatros pescadores abandonaron la caña para tenderse a la sombra fresca de la cueva, donde se hallaba ya el mestizo, tendido de espaldas, leyendo *El Imparcial* de Madrid.

Mientras el viejo prepara el fogón para guisar el *cherrne* y las papas, los de la parranda, acompañados gratamente por el frasco de ginebra aromática, charlan, ríen, se disparan piedrecillas.

Canabuey les refiere su última aventura. Hacía algún tiempo que una criada de Jacintito Rodríguez, Angustias la *majorera*, le había prometido hacerle feliz. A las diez de la noche atraviesa cautelosamente el zaguán, el patio, y penetra en el cuarto de la doncella. Pero hete aquí que a las primeras tentativas del atrevido mancebo, la muchacha se cae para atrás, lívida, pataleando. Es un *mal*, piensa Canabuey sudando de angustia, y al punto, rápido como una saeta, se le sienta sobre las piernas para evitar el taconeo, agarrándole con una mano las muñecas y amorrazándola con la otra para que no grite. Y así pasó toda la noche, *la más larga del siglo*, decía Joaquín. A ratos, la *majorera* parecía calmarse y el infeliz trovador se levantaba rendido, con la esperanza de tomar la puerta; pero mientras forcejeaba con la llave rebelde, la chica tornaba a agitarse y a lanzar gruñidos y vuelta a la batalla feroz y silenciosa sobre la estera. Al rayar el alba, se quedó al fin tranquila, inmóvil y descolorida como una difunta y el buen Canabuey se largó, sutil como una sombra, con las manos llenas de mordiscos. Sus cuatro tías le esperaban en el balcón, cacareando como un coro de cacatúas asustadas y al verle tan desencajado le hicieron tomar enseguida un purgante de sal de higuera.

Terminada la narración del episodio, Canabuey empuñó la guitarra y Panchelli, con acentos lánguidos y temblorosos que parecían salir del fondo de una botija, recorrió sin perdonar ni un solo número, todo el repertorio de las danzas sentimentales y amorosas. Con la imaginación puesta en Paquita, la niña del oidor, suspiraba aquella que empieza:

—Niña la de ojos negros, como mis penas.  
Mírame aunque al mirarme de amores muera...

Y aquella otra, de corte más rápido y elegante:

—Cuando en la noche la blanca luna  
su luz derrame sobre el mar...

Después se quedaron todos dormidos, a excepción de Pepe Santana que, si cerró los ojos, fue para evocar en el silencio augusto de las cosas, interrumpido por el golpear ronco y monótono de las olas, la imagen delicada de Margarita. Nunca como entonces sintió por ella adoración tan absoluta, ternura tan intensa, mezclada con una compasión extraña e infinita que se extendía a todo el sexo femenino, a los seres débiles, sumisos y graciosos como lindos animalitos, que los hombres deben proteger y respetar. Y se juró a sí mismo no abusar nunca de su soberanía de varón. En aquellos momentos, Joaquín que roncaba a su lado, con el rostro ennegrecido por el pasear incesante e inquisitivo de las moscas, le inspiró desprecio y repugnancia.

Caía la tarde con lentitud serena y majestuosa cuando los expedicionarios atacaron el salpreso. Pancho Vega se comió catorce papas y todos bebieron como cloaca en día de lluvia, sin excluir al mestizo, en quien el alcohol producía verdaderos accesos de demencia. Levantó pedruscos enormes, luchó *mano a bajo* con Canabuey, y dio en graznar con su voz desafinada una canción inglesa, que nadie pudo quitarle de la boca hasta que le dejaron, inanimado como un fardo, en el patio de su casa.

Cuando el viejo pescador, que bebió más que ninguno sin perder ni un instante su flema socarrona, les obligó ca-



si a la fuerza a emprender el regreso, la noche había cerrado enteramente. Comenzaba la bajamar y el estallido de las olas sonaba cada vez más distante, como la voz de un amigo que se aleja, volviendo a cada paso la cabeza para decir adiós. Las montañas del fondo se habían trocado en murallón triste y negro en el que parecía terminar el universo. La palpitación infinita de las estrellas en la altura infundía pavor y desaliento.

A Mateo Brito, que había pasado un día muy alegre, le dio una congoja al subir la escalera de granito. Sentado en una piedra repetía, indiferente y tético:

—Déjeme. Váyanse ustedes. Quiero morirme aquí.

Tío Agustín le izó hasta lo alto del risco, llevándole medio a cuestras, mientras gritaba a los demás:

—Ustedes no se apuren, que éstas son perrerías de la *giniebla*.

## XVII

### Proyectos

Siguieron días muy largos de tediosa inacción.

La oración *pro Sargo* sólo le reportó al licenciado Santana un gallo de hermosa cresta roja que le regaló su defendido, lleno de gratitud por aquel esfuerzo de elocuencia que, por otra parte, no produjo resultado alguno positivo, pues el Sargo fue condenado, como lo pedía el fiscal, a la pena de dos meses y un día de arresto mayor, accesorias y costas.

Ningún cliente, fuera de los ya citados, se presentaba en la casa del barrio de las Cantoneras. Pepe se pasaba las horas encerrado en su despacho, leyendo periódicos y novelas. Unos borradores, trazados en sus tiempos de estudiante, que encontró un día, registrando el fondo de una gaveta, le sugirieron la idea de emprender un trabajo literario. ¿A qué se dedicaría, al drama o a la novela? Seducía la amplitud y libertad de este último género, pero conceptuaba al teatro como sendero más rápido y expedito para lograr la gloria y la fortuna. ¿Qué dirían sus paisanos si de pronto, en la escena madrileña, fuese aclama-

do entre palmadas frenéticas y alaridos de entusiasmo el nombre ignorado de Pepe Santana?

Ocurriósele naturalmente el plan de un drama romántico, con sus Mendos, Fernandos, Nuños, Blancas y Sanabrias. Escribió la primera escena, en romance octosílabo. Era un diálogo entre un escudero viejo y adusto y una dueña parlanchina, en que, bajo pretexto de exposición, salía a relucir toda la ropa sucia de la familia del conde, ropa que probablemente se lavaría con sangre, en las postimerías del drama. Después, lleno de impaciencia, se colocó de un salto en la situación más interesante del acto primero, una escena de amor en que el Conde, mintiendo con gran aplomo, refería a doña Blanca, en décimas muy cargadas de sabor medieval y de ripios, que la imagen de la chica se le aparecía, flotando en un rayo de luz, en todos los combates que libraba a los moros. Los consonantes que no podía encontrar los dejaba en claro, con la esperanza de que se le ocurrieran más tarde. Al cabo, aburrido, guardó las cuartillas y el Conde y doña Blanca se volvieron al limbo, de donde no debieron haber salido jamás.

Igual suerte corrió la novela de costumbres que intentó escribir días después. Sin previa formación de plan, ni idea siquiera de caracteres y situaciones, lanzose a enjartar el primer capítulo, que era de los de sopetón, pues comenzaba por un diálogo chispeante y animadísimo en un café.

—¡Salvador!

—¡Cómo! ¿Eres tú? ¡Agradable sorpresa!

—Sí, soy yo.

—¿Cuándo llegaste?

—Ayer.

—¿Y cómo sigue la marquesa..? etc. etc.

Y los días pasaban y los meses también y el libro de cuentas o agenda de bufete que comprara Pepe a principios de año, tenía aún sus páginas vírgenes de toda cifra, que no fuera fantástica o problemática.

Obligado a pedir al señor Santana hasta el dinero de los cigarros, Pepe resolvió mentalmente marcharse a la Península, con el fin de ingresar en cualquiera de las carreras que llaman del Estado. Diose de término todo el

año siguiente y comunicó el proyecto a su novia, que lloró un poco al pensar que tendría que separarse de su familia. Ellos daban ya la cosa por hecha en sus conferencias íntimas y sobre aquella frágil base construían un edificio interminable, cuya veleta traspasaba los espacios rientes de la juventud y llegaba hasta las nevadas cúspides de la vejez.

—Cuando yo me jubile—solía decir el buen Pepe—, vendremos a pasar nuestros últimos años en Atlántica.

En cambio Santiago Thornhill continuaba subiendo con envidiable tesón la pedregosa cuesta de la política isleña, atrapando con mano certera los sabrosos frutos pendientes de las ramas, a uno y otro lado del camino. Logró la dirección de *El Renacimiento* y así constaba en sus tarjetas. Usaba para recibir en su despacho un batín con vueltas de terciopelo azul, que se metía por los ojos del cliente, y dictaba sus escritos con voz estentórea y afectada, que se oía desde la calle. Decíase en Atlántica que era un chico de mucho porvenir y que era lástima grande que no se hubiera quedado *por allá*.

Aspiraba a salir de la sombra proyectada por el alcohólico maquinista, contrayendo enlace con una niña de la aristocracia. Esta clase social empalmaba alguna que otra vez con la *burguesía*, sirviendo de puente los chicos de carrera, formados con los doblones procedentes de la cochinita. El mestizo había calado con sus redes en las aguas estancadas de la familia de Peralta, gente decaída de su *prístina grandeza*. El padre, don Arturo, era un pobre imbécil, que ni siquiera entendía el reloj. La mamá era una vieja verdosa y pequeñita como una aceituna, que en sus años juveniles había fatigado las lenguas de los maldicientes. Tenían una hija, Josefina, objeto de tenaz asedio del mestizo. Ella le pagaba en moneda de desaires su interesada constancia, soñando con un *primo militar*, ausente en la Península; pero el director de *El Renacimiento*, armado de su inflexible tenacidad británica, esperaba impertérrito, sin retroceder ni un ápice, a que la descendiente de los Peralta doblara el promontorio de los treinta, que ya tenía muy cerca de la proa.

## XVIII

### Martes de Carnaval

Así, cayendo uno tras otro los días y los meses en el montón nebuloso del pasado, tocole una vez más en la serie de los tiempos el turno a los Carnavales, «esa gran fiesta pagana, conservada milagrosamente a través de tantos siglos de cristianismo», como decía, muy seriamente, *La Vos del Nublo*.

El domingo y el lunes los pasó Pepe encerrado en su casa, leyendo o jugando en la huerta con las chiquillas, que desde las cinco de la mañana acudían a despertarle, arrebuajadas en colchas de color, gritando con voz de falsete:

—Don Pepito, ¿me conoce?

Pero el martes, a las cuatro de la tarde, varios amigos invadieron tumultuosamente el despacho de las Cantonerías. Pancho Vega desafiaba a las nubes con una chistera abollada, eminente y cilíndrica como la chimenea de un piróscapo. Su piel de caoba grasienta desaparecía bajo un encalado espeso de polvos de arroz, crujía en sus espaldas un frac mugriento, cabalgaban en su ancha nariz unos espejuelos verdes y su diestra, cubierta por un guante roto y marchito, empuñaba a guisa de bastón doctoral, un *pírgano* con borlas.

Canabuey tenía honores de monstruo hermafrodita. El busto era masculino, vestido de americana y chaleco negros. De la cintura abajo convertíase en matrona obesa, gracias a unos almidonados y crujientes zagalejos, que por la parte posterior formaban una protuberancia escandalosa, merced a un tremendo *polisón*. Un sombrero viejo de señora, adornado con flores contrahechas y descoloridas, se tambaleaba en la cúspide de su cráneo anaranjado y llevaba unos pendientes formados con cáscaras de *lapas*. Cubríase con un paraguas de turroneira, verde y agujereado y se daba aire con un *abanador* de palma.

Acompañábales el célebre explorador y turista africano conocido por Abderramán, sumergido en unos inmensos

pantalones a la turca, ceñida la frente por un turbante azul con su media luna de cartón dorado. Empuñaba un frasco de ron de Jamaica del que hicieron beber a Pepe, entre cantijas, risas y algazara, una buena porción.

En un abrir y cerrar de ojos, las dos chiquillas, Pepa y Soledad, transformaron a su hermano por completo. Una le embadurnó el rostro, la cabeza y los pelos de la incipiente barba con polvos de arroz y la otra le trabó en la solapa un ejemplar de todas las flores de la huerta. Y vedle ya en la calle, formando parte del grupo gesticulante y vocinglero, en medio de la asordante locura de aquel fin de fiesta, codeándose con los labradores, marineros y artesanos del barrio, que berreaban aquí y allí, teñidos los rostros con bermellón, apoyando en sendas cañas de azúcar sus vacilantes pasos.

Avanzaban con mucha lentitud, deteniéndose a cada instante para beber un trago, alrededor del buen califa, que les vertía dos dedos del diabólico licor en una copa diminuta, que previamente limpiaba con el pañuelo de bolsillo.

En algunas casas *terreras* bullían las *taifas* de la tierra, pintorescos y divertidos saraos en que se bebía ginebra, *mallorca* y vino tinto, se obsequiaba a la pareja con dulces comprados en la misma casa al precio de dos cuartos uno y se bailaba con *retranca* o sin ella, al son de guitarras desafinadas, llenas de mugre.

Hubo que bregar a brazo partido con Canabuey, que se empeñaba en entrar en uno de aquellos cuartuchos, por haber divisado en él a una beldad de saco blanco y pañuelo a la cabeza, una tabaquerilla llamada Rosario, objeto en aquellos días de sus eróticas persecuciones.

Exasperábale la presencia del novio oficial de la muchacha, un marinero de la costa, conocido por el *Casón*, salvaje negro, cuadrado y rechoncho que en unión de varios amigos contemplaba el baile desde la puerta.

—*Roncote* del jinojo —vociferaba Joaquín—, espérate, que voy a tumbarte las muelas de una trompada.

El otro, con ambas manos en los bolsillos del pantalón, escupía por el colmillo y contestaba calmosamente, sin moverse de la puerta:

—Don Joaquín, no se pierda. No se pierda, don Joaquín.

Al fin los amigos se llevaron medio a rastras al endemoniado Canabuey, quien a cada paso se volvía para gritar, erizado como un gallo inglés:

—Hasta mañana, Casón. Mañana, *ca* don Cayetano te llevas la gran *estupidura*.

—Don Joaquín, no se pierda. No se pierda, don Joaquín.

\* \* \*

Contemplando desde el puente de piedra, el aspecto de la Plazuela, herida de soslayo por los fulgores tibios y dorados del sol poniente, era una maravilla de luz, de color y de movimiento. En el fondo del cuadro, el valle hermosísimo del Guinguada, enorme ramillete de vegetación oscura e inmóvil del que surgían, como cirios en un templo, los troncos erguidos y oscilantes de las palmeras. Abajo, el cauce pedregoso y árido del barranco, arriba el cielo diáfano, terso e inmaculado como un manto de raso azul en el que se perfilaba vagamente la línea clara y temblorosa de la Cumbre.

En la esquina del puente, alrededor de las vendedoras de turrón, *alegrías*, garapiñones y cañas dulces, se agolpaban grupos, sin cesar renovados, de criadas, de soldados y de chiquillos, vestidos estos últimos de marineros, de militares, de *conejeros*, de payasos, formando revuelto amasijo, una insurrección de colores, el rojo, el amarillo, el verde, el violeta, girando en un punto, yuxtaponiéndose en suaves gradaciones o detonando en bruscos e inverosímiles contrastes.

En el centro de la plaza evolucionaba el clásico y tradicional pescador. Cada vez que tendía la caña, más de un centenar de chiquillos andrajosos y de máscaras grotescas se precipitaba con infernal gritería, disputándose el higo pasado a coces, a puñetazos, a mordiscos.

Circulaban, cruzándose sin cesar, *ranchos* de máscaras, unas arrebuajadas en dominós de energicos y variados colores, otras con una sábana a la cabeza; parejas de artesanos y de marineros, con las mejillas pintadas de rojo, enarbolando escobas, sartenes, cañas dulces, unos en mangas de camisa, exhibiendo arcaicas chisteras, otros envueltos en pañolones de mujer, todos graznando malagueñas, danzas y *folías*, al son de guitarras y timplés desentona-

dos. Señalábanse los marinos por el andar pesado y oscilante y los tremendos *buches* de pescado que sonaban a diestra y siniestra, con bruscos estallidos, en las espaldas de los paseantes.

De las ventanas y balcones, abiertos de par en par, salía estrépito de risas y martilleo de pianos y veíase desde la plaza, en el interior de salas y gabinetes, el acompasado voltear de las parejas. De cuando en cuando, muchachas con el pecho y la cabeza cubiertos de flores y rojas las mejillas por la agitación del baile, se apoyaban en el alfézar, risueñas y palpitantes y enseguida acudían otros tantos pollos, quién ofreciendo una copita de licor, quién haciendo mil aspavientos y cortesías con la mano puesta en el lado izquierdo de la pechera. Alguno se postraba de rodillas, en la actitud romántica del que declara al ídolo de sus sueños su ardorosa pasión.

Flotaba en la atmósfera transparente y serena un estrépito confuso y mareante, en el que alternaban o sonaban al unísono, gritos de vendedores, chillidos afeminados de máscaras, maullidos de acordeón, gemidos de violín, cantos descoyuntados y lacios, zumbido de guitarras, aullidos roncros y salvajes de beodos.

Canabuey, enloquecido súbitamente por el ruido y el movimiento delirantes de la plaza, rompió a bailar desahoradamente en un rincón y desde los primeros compases acertó a dar tres o cuatro puntapiés en las pantorrillas de un municipal que, ataviado con su uniforme de hilo crudo, contemplaba risueño y benévolo la fiesta. Sabe Dios la que se hubiera armado, pues ya el agente de la autoridad amenazaba con llevar a todo el mundo al *cuarto de las cachuchas*, a no mediar Abderramán, que era alcalde de barrio.

Cuando se disipó el corro que en torno de ellos se formara, una idea luminosa visitó el cráneo amarillo de Canabuey y le hizo exclamar bruscamente:

—Caballeros, media vuelta a la derecha. A casa de tití.

Y todos repitieron a coro, cogidos del brazo, marchando al compás de una frase musical, improvisada en aquel momento:

—¡A casa de tití, a casa de tití!

Y siempre cantando, atravesaron varias calles, subie-

ron la escalera y penetraron en la sala, donde el aspecto de Abderramán y de Canabuey levantó una tormenta de risas.

Después de saludar, con afectadas y profundas reverencias, a Dionisio el exiguo y señora, la *parranda* de Pepe pasó al comedor donde, en el centro de la mesa, se pavoneaba un garrafón de anisado, barrigudo como un canónigo, al que servían de acólitos, en la tarea de calentar el seso y soliviantar la razón, unas cuantas docenas de botellas de vino y de cerveza.

El comedor, la sala, las galerías, las alcobas, eran a cada instante recorridos por *ranchos* de máscaras y por bandadas de pollos y de gente madura, que entraban y salían cantando y vociferando, en uso de la hospitalidad y confianza, tradicionales en Atlántica en semejantes días.

De vuelta a la sala, Pepe bailó una polka con Carmen Guillén, una danza con Pinito Mederos, y una virginia con Mercedes Pedregal, a la que hizo una declaración en toda regla, recabando un *sí* suave y tembloroso como la nota de una flauta, que le hizo reír nerviosamente, momentos después, cuando, apoyado en una de las pilastras del corredor, pensaba vagamente en todas aquellas peripecias, viendo centellear en el fondo oscuro del patio centenares de lucecitas.

Después que cerró la noche y brillaron en la sala las lámparas de petróleo, el espíritu de Pepe zozobró en la sombra vaga e indefinida de la inconsciencia. Dijéronle al día siguiente que había cantado un fragmento de *la Marina* con acompañamiento de piano, discutido sobre administración provincial con don Mariano de la Tuesta (que le interrumpía, a cada instante, diciéndole: —Permítame usted, pero permítame usted...) y pronunciado en el comedor un brindis en el que proponía llevar la guerra santa a Villacruz, bajo la jefatura del gran patricio don Ruperto Alemán a quien abrazó en aquel acto, apellidándole Ruperto el Ermitaño.

Cuando salió a la calle era más de media noche. Canabuey, Pancho Vega y Abderramán habían desaparecido hacía tiempo y ahora le acompañaban Santiago Thornhill, el gallo Morón, Eduardito Angulo y algunos otros pollos del Casino. Empezaba la ciudad a dormirse y en la brisa fresca



del norte flotaban menudas gotas de lluvia. Parábase el grupo a cada instante, discutiendo tenazmente acerca del modo de pasar el resto de la noche. Prevaleció la idea de tomar un coche para marchar al Monte, donde los padres de Eduardito poseían una finca con bodega; pero mientras llamaban con el puño cerrado en el portalón de una cochera, Pepe Santana se escabulló, acometido de súbita tristeza, y solo recorrió al azar varias calles, sollozando como un niño en las tinieblas.

Recordó luego vagamente haber cantado el *Salve, dimora, casta e pura* en la calle de las Tapias, debajo de los balcones de la casa de Margarita y luego tarde, mucho más tarde, encontrase sin saber cómo, tendido en los *callados* del patio de su casa, donde le recogió Candelaria, una criada vieja, natural de San Bartolomé de Tirajana, cocinera de la casa hacía más de veinte años, negra como una mina de carbón, a quien Pepe solía llamar, *la noche de San Bartolomé*.

## XIX

### En el teatro viejo

La llegada de una compañía teatral era para la gente atlántica de antaño un acontecimiento enorme, que formaba jalón en la serie de los tiempos, ni más ni menos que las epidemias de fiebre amarilla, los temporales en que el Guiniguada se salía de madre o las *bajadas* de la Virgen del Pino.

Tan pronto como el vigía anunciaba «buque al norte», el muelle se llenaba de curiosos, que acudían a presenciar el desembarque de los cómicos. Los pollos del casino, reunidos en grupos alrededor de la farola, asistían al desfile del abigarrado y escuálido rebaño y luego seguían de dos en dos a los viajeros hasta dejarles en la puerta de la fonda, analizando y discutiendo el aspecto, fisonomía y empaque del elemento femenino.

En breve era conocida de todo el mundo la historia interna de cada uno de los artistas, merced a las indiscreciones de Publio Columela, andaluz gordo, sucio y más

embustero que un libro de caballerías, sempiterno empresario de los teatros atlánticos. Sabíase, por ejemplo, que el barítono era un joven de muy buena familia. Hijo de un banquero genovés había dejado la casa paterna para compartir palmadas y silbidos con una *mezzo-soprano*, que luego se fugó con un aeronauta. Comentábase la sospechosa intimidad entablada entre la tiple ligera (también de buena familia) y un teniente de milicias, huésped de la fonda del gaditano, en la que se albergaba la compañía y todos se lamentaban de los excesos alcohólicos del primer bajo, ¡un chico de tanto porvenir! En cambio, la primera tiple o tiple de fuerza, era una mujer *formal*, esposa legítima del violín concertino. Y aquel estado civil, arreglado a los preceptos de la moral y del derecho, entraba —cosa extraña— por mucho, en los éxitos artísticos de la cantante.

Anunciábase la función por medio de papelones amarillos, pegados en todas las esquinas, junto a los carteles marítimos en que, debajo de una viñeta que representaba a un buque navegando a toda vela, se participaba al público la salida para la Habana del bergantín *Anita* o de la barca *Fortuna*.

A las siete y media se abría la puerta del coliseo, en la que se personaba el propio Columela, sin que su exquisita vigilancia fuera bastante a impedir la *coladera* de los chicos del colegio, que desde las primeras horas de la noche invadían el vestíbulo, perpetrando mil diabólicas *mataperreras*, para tormento y desesperación del respetable señor Narciso, sargento de municipales.

Las familias acomodadas se instalaban en los palcos, que eran una especie de cajones de madera, cuyos asientos, formados de estrechos tablones, sujetos con visagras, se alzaban para dar entrada y salida a las señoras. El palco central pertenecía al Ayuntamiento y desde allí presidía la función el alcalde o uno de sus tenientes, con facultades para interponer su veto, cuando el público exigía indiscretamente la repetición de una pieza. Las personas modestas acudían a la *galería alta*, siendo de rúbrica la presencia en tal sitio de los patrones de buques y sus señoras, todas las noches en que se representaba *la Marina*. Las familias de luto entraban sigilosamente por la puerta

de atrás y se refugiaban en las *troneras* o en las *bambalinas*. Las que no podían disponer de la peseta indispensable para tomar asiento en el gallinero, vagaban como almas en pena por los alrededores mal olientes del teatro, o se sentaban, con la esperanza de sorprender un calderón lejano, en los murillos de la plazoleta sin empedrar, en cuyas esquinas se instalaban desde la tarde las vendedoras de castañas asadas, envidiando la suerte de los músicos que entraban muy orondos, con su instrumento bajo del brazo, o de los chiquillos, dependientes de la cantina, autorizados para recorrer el patio y los pasillos, vendiendo cucuruchos de almendras garapiñadas, al precio de una *fisca* cada uno.

Las decoraciones eran obra de un pintor aficionado de la localidad. Había un telón de bosque, imagen fidelísima de una colcha con ramos, y un salón regio que parecía el ensueño de un fabricante de chocolate. Era el mecanismo del telón extraño, casi inverosímil. Un hombre, asido de una cuerda en lo alto de las bambalinas, determinaba con su propio peso la subida del armatoste, de modo que cuando éste llegaba al friso, el hombre descansaba en las profundidades lóbregas del foso.

La temporada teatral a que nos referimos fue de las más accidentadas y memorables, a causa de los enconados y furibundos partidos que se formaron en el público. Eran estos bandos el de la Taramelli (tiple dramática) y el de la Serrudi (contralto). Al primero pertenecían todos los pollos de las *lunetas* y al segundo la mayoría de las huestes del gallinero, capitaneada por un zapatero poeta, músico, crítico y orador, a quien por mal nombre llamaban *Tembladera*.

Con este motivo, armábase en el teatro que después, cuando hubo otro, se llamó viejo, unos jaleos horribles. La noche del beneficio de la Taramelli los del patio se quedaron afónicos en fuerza de gritar *bravo* y terminaron apaleando con los bastones los bancos de madera que llevaban el antedicho título de lunetas, para ahogar las protestas de la gente de la cazuela, mientras cruzaban el espacio ramos de flores, palomas blancas y unos versitos, impresos con letras doradas, dedicados a la esclarecida *donna* Emma Taramelli.

La noche aquella se representaba «Il Trovatore», «ese sublime *spartito* del eminente Verdi», como decía muy serio Eduardito Angulo en sus revistas de la Voz del Nublo, que firmaba con el seudónimo de *Semi-fusa*. Y fue noche memorable y famosa en estos episodios, pues durante los primeros compases del *Miserere*, Josefina Peralta otorgó al fin a Santiago Thornhill (el mestizo) su mano áspera y amarilla de jamona.

## XX

### Justas nupcias

Cinco años completos había durado el asedio. Es de advertir que por el correo último había la de Peralta recibido la noticia oficial del casamiento de su primo y que sólo tres cifras la separaban de la cuarta decena. Algo influyó también en aquella determinación el puesto que en la sociedad y en la política isleña había conquistado su eterno pretendiente, que era a la sazón una estrella del foro atlántico y consejero áulico del cacique. Precisamente aquel *sí* memorable fue pronunciado en el palco de don Marcelino del Saucillo, cuyas niñas solían invitar a la arrancada familia de Peralta que, sin la galantería de aquellas y otras personas, jamás hubiera pisado el teatro.

La boda se celebró tres meses más tarde, en casa de don Marcelino.

A las ocho de la noche, dirigióse la comitiva a la iglesia, en el orden que llaman de a dos en fondo, las señoras vestidas de seda, con mucho *polisón*, los caballeros de levita y sombrero de *pelo*, en medio de la ardorosa inquisición de los bultos femeninos, apostados en la sombra de los zaguanes, para verles pasar.

Después de la ceremonia, los invitados se reunieron en la sala de don Marcelino, pieza llena de artísticas novedades, célebres en la ciudad, *verbi gratia*, un piano de manivela, una piel de tigre, una cámara oscura y un negrito de goma que fumaba con su boca de grana un puro de chocolate.

Allí estaba Pepe Santana, a quien la amistad del dueño

de la casa y su título de abogado franqueaban aquellos salones, vedados a los plebeyos horteras, Panchelli y Canabuey. Por cierto que este último juraba públicamente vengarse del desaire con una sinfonía de caracoles. Allí estaban también las de Celaje, simples y miopes, con sus nucas gordas, blancas y relucientes como grupas de yeguas bien cuidadas. Ni faltaban las cuatro pollas, anémicas y macabras, conocidas por las once mil virgenes, pastoreadas por el papá, don Mariano de la Tuesta. Doña Pura se quedó en casa, por exigirlo así la interesante situación en que por duodécima vez se hallaba.

Por el centro de la sala discurre pausadamente el dueño de la casa, entre Rupertito Alemán que trae, por supuesto, su brindis entre pecho y espalda y don Inocencio de la Testahuera, el gran abogado atlántico.

La señora de la casa, instalada en el sofá de antigua forma, espacioso como un navío de tres puentes, tenía a su derecha a la mamá de la desposada, pequeña y verdo-sa como una aceituna, y a su izquierda a doña Cándida, la madre de Santiago, pobre señora, transparente y delgada como un espectro, rendida por formidable lucha de treinta años con el terrible maquinista. Este último (suerte inesperada) se hallaba en Manchester, cerca de un hermano suyo que le había invitado a pasar algunos meses en su casa.

En el comedor, aquellas aristocráticas personas devoraron discretamente. Llegado el momento de los brindis (en Atlántica todo el mundo es orador y aspira a lucirse entre dos copas) don Marcelino se levantó, con aquella sonrisilla escéptica, huésped sempiterno de sus labios delgados y astutos. Dijo sólo dos palabras, pero discretas y suyas. En cambio, don Ruperto se hizo a la vela en el proceloso mar de un discurso más largo que una noche de invierno, y estuvo a punto de quedarse dos o tres veces en la mitad del viaje, por faltarle de pronto el combustible de su flaca memoria.

Enseguida don Marcelino dijo con su voz lenta, nasal:  
—Oigamos ahora a los letrados.

Y efectivamente habló don Inocencio, dándose en el abdomen palmadas que crujían en la pechera almidonada de su camisa. Empezaba a media voz, después soltaba dos o tres gritos atenorados y luego terminaba el período con

un arrullo casi indistinto, gutural. Aquel sistema de pronunciación lo había aprendido de Perales, actor célebre en su tiempo y que, ya viejo y alcohólico, había visitado, años atrás, las Atlánticas.

Pepe Santana, que peroró después, alcanzó un éxito femenino por lo florido de sus tropos y lo acaramelado de sus imágenes. Y en fin, el héroe de la fiesta, aludido veinte veces por *los distinguidos compañeros que le precedieron en el uso de la palabra* se excedió a sí propio, soliviantado por el vino y por la presencia de su linajuda esposa y hasta de la tienda del Palmero, situada en el otro extremo de la calle, fueron oídos sus rotundos períodos, ejecutados por su voz estentórea, crujiente y abierta como un trombón desafinado.

Cuando el refresco terminó, Santiago, radiante de orgullo y de egoísmo satisfecho, vertió sobre su compañero Pepe, mientras los dos paseaban en la galería, unas cuantas gotas del júbilo feroz que rebosaba de su pecho. Por primera vez en aquellos cinco años interesose por el porvenir de su amigo.

—Te digo que es una lástima que un muchacho como tú... Caramba, hombre, deberías lanzarte, sacudirte un poco...

En el piano de la sala sonaban los preludios de un rigodón.

—Mira que ya nos vamos poniendo viejos. Tú treinta años, yo treinta y dos...

Comenzaba la primera figura. En el triángulo formado por las dos hojas del suntuoso cortinaje, aparecía y se ocultaba a intervalos el gallo Morón, muy serio, ejecutando el *balancé*.

Santiago proseguía, adivinando instintivamente que los cinco años de desdolorosa inacción, el influjo de aquel ambiente de casa rica y hasta el bienestar fisiológico producido por el vino y los emparedados, predisponían a su amigo a perpetrar los crímenes fríos y cobardes que engendra el egoísmo.

—Desengáñate, Pepillo. Por el camino que tú sigues no se va a ninguna parte.

Y luego, abrazándole a medias, le dijo al oído con el acento misterioso del prestidigitador que revela los secretos de su arte:

—A mí, como tú comprendes, me convenía emparentar con una familia de cierta posición, de cierto viso... Pero a tí, créeme, lo que te vendría al pelo sería una mujer rica.

En aquel momento el gallo Morón se arqueaba como un puente, inclinando su cabeza teñida ante la mayor de las niñas del Saucillo.

Y Santiago concluyó, con el aplomo del que formula un axioma:

—No seas bobo. Eso es lo que te conviene.

Después entraron ambos en la sala y Pepe Santana bailó con todas las once mil vírgenes.

## XXI

### Fúnebre

Cinco años duró la enfermedad de Mateo Brito. Obligado a salir de la fonda del Gaditano a causa de los escrúpulos de los huéspedes y de las exigencias pecuniarias del dueño, alquiló una reducida *accesoria* en la cuesta de las Ánimas.

Una vieja fea y alcohólica, tía María Marmolla, le llevaba en unos cacharros el almuerzo y la comida de un fonducho próximo. Y sentado detrás de la persianilla verde, con un ejemplar ilustrado de los evangelios sobre las rodillas, tosía sin cesar, con grandes estremecimientos de su pecho hundido y de sus hombros puntiagudos. ¡Cuántas veces las personas compasivas que transitaban por la desierta calleja apretaron el paso, para huir de aquella tos pertinaz y lúgubre, como una campana que toca a muerto!

Desde aquella fecha han transcurrido muchos años. La vieja casa ha desaparecido. Ya no existen los enormes balcones de madera carcomida, ni el zaguán empedrado, ni el patio húmedo y sombrío con su pozo hondísimo en que pululaban las anguilas y sus rincones oscuros donde se hacinaban cañas de pescar fuera de uso y bullían las arañas y las cucarachas ¿Quién se acuerda hoy de la casa? ¿Quién se acuerda del pobre tísico que tosía detrás de la persiana verde?

Pepe le acompañaba en sus ratos de ocio, que eran

desgraciadamente casi todos los del día. La idea fija de Brito era regresar pronto a Cienfuegos, donde vivían sus padres y hermanos, nacidos todos en Atlántica. No hacía mucho tiempo que había arreglado el asunto de la administración de unos bienes de su familia, situados en el sur de la isla, que había motivado su viaje.

A fines de marzo decayó lastimosamente. Ya no digería y una tenaz diarrea secó su rostro moreno, convirtiéndolo anticipadamente en calavera. Sus bigotes, negros antes como la tinta, habían empalidecido, como agostados por la fiebre intensa que nunca le dejaba. No podía acostarse y pasaba los días y las noches, con angelical paciencia, sentado en el borde de la revuelta cama, con la frente entre las manos y éstas apoyadas en el respaldo de una silla.

Como en Atlántica todo se sabe, corrió seguidamente la noticia de que el hijo de don Pedro Brito estaba *en lo último*. Visitáronle entonces la superiora de las Hermanas de la Caridad y el bondadoso párroco de San Juan Bautista, don Jerónimo Gordillo.

Murió a las once de la mañana del día veintinueve de abril. Sin levantar la cabeza del respaldo de la silla, le sobrecogió una convulsión repentina y lúgubre y se quedó *hecho un ovillo*, según expresión de tía María Marmolla, que estaba presente. Casi al mismo tiempo tronaba muy cerca, en la plaza de San Pedro de Verona, la descarga de fusilería que saludaba la salida del pendón de la conquista que enarbolaba aquel año Santiago Thornhill, como síndico del Ayuntamiento.

Entraba en aquel instante el médico, Manolo Ruiz, compañero de estudios de Pepe en el colegio de San Isidoro. Entre los dos vistieron al pobre muchacho y le tendieron sobre la mesa, con un cirio a la cabecera. Un pañuelo blanco ocultaba las facciones demacradas; y las moscas, susurrantes y tenaces, se posaban en las manos amarillas, casi anaranjadas, puestas en cruz sobre el paño azul oscuro del uniforme.

Por la tarde entraron y salieron varios militares y un indiano muy rico, don Florencio Batista, recién llegado de Cuba, donde había conocido y tratado mucho a don Pedro Brito, padre del muerto.

El entierro fue modestísimo. Detrás del féretro, lleva-



do en andas por cuatro amigos, marchaba, charlando de cosas indiferentes, la escasa comitiva en medio de la cual Santiago Thornhill ocultaba con la solapas del gabán su corbata blanca y la pechera reluciente de su camisa. A las diez había en el casino gran baile de etiqueta para solemnizar el aniversario de la conquista del país.

El fúnebre cortejo atravesó varias calles desiertas y silenciosas, alumbrado por media docena de faroles que llevaban otros tantos pobres, andrajosos y descalzos.

En la plazuela de las Reinas, después del responso que Dionisio el exiguo oyó semi-cubierto por temor al resfriado, la cabecera volvióse gravemente para saludar al acompañamiento, ya mermado por las defecciones que tenían lugar en cada esquina.

En el cementerio penetraron sólo los conductores del cuerpo, Pepe, Canabuey, Vega y Rafael el de los gallos.

En la capilla se hallaban ya dos cadáveres. Un viejo enorme, vestido de paño negro, cuyas botas habían sido cortadas para dar cabida a los pies, hinchados por la enfermedad y un niño de pocos meses, muñequita de cera forrada de blanco, cuyos párpados abultados y cárdenos parecían dos violetas marchitas agostadas por el frío de la cara lívida.

Cuando Mariquilla *la Pelota*, hija del sepulturero, cerró con estrépito la verja, Pepe se detuvo un instante con la cara pegada a los barrotes, pensando vagamente en la coincidencia inexplicable que reunían en la antesala del cementerio a aquellos tres cadáveres, que sólo tenían de común el pasado sufrimiento y la última congoja y que, sin embargo, dormirían una noche entera en la sala resonante y lúgubre, a la claridad indecisa del farol pendiente del techo, mecidos por la cadencia monótona, grave e indiferente del mar.

## XXII

### La cucaña

Mediodía. El sol, desde la altura inmensa, esparce su mirada fulgurante por la soledad grave y majestuosa del

mar, que rodea y aísla por todas partes el humilde grupo de los siete peñascos, perdido en aquel rincón ignorado del universo, junto a la costa salvaje y desierta del continente misterioso que, cual enorme esfinge, extiende su cola monstruosa hacia el sur.

Las casas blancas con balcones verdes, heridas a plomo por la luz solar, proyectan en las aceras una estrecha faja de sombra. El penacho sombrío de las palmeras, como si fuese de piedra, apenas se estremece en el espacio azul. Las banderas cuelgan de las astas, desmayadas y lacias como las alas de un pájaro muerto. En el fondo del paisaje, desvanecida casi en la lejanía azulada y transparente, tiembla y oscila la línea tortuosa de la Cumbre. Y contrastando con aquel reposo enervante del aire y de la tierra, el mar furioso golpea con tenacidad implacable las costas de la isla, levantando montañas de espuma que instantáneamente se desploman, con ronco clamoreo.

Pepe Santana, al salir de la misa de doce, vuelve lentamente a su casa, atravesando las calles desiertas, caldeadas por la llama vibrante del sol. Un viejo, tendido en un banco, a la sombra de un plátano, duerme con la boca abierta y el *virginio* apagado, pendiente del labio inferior. Suena, a derecha e izquierda, el ruido familiar y acompañado de los almirces. La población entera se refugia en el interior de las casas, buscando en la frescura de los patios y de las estancias cerradas un lenitivo al calor pesado y sofocante del tiempo sur, que difunde por campos y poblados el hálito abrasador del Sahara.

En una casa grande, blanca y nueva de dos pisos, se abre bruscamente la hoja de una ventana y una muchacha delgadísima se asoma, apoyando los codos en el alféizar. Su nariz larga y picuda, sus ojos inexpresivos y rostro largo exangüe, tienen cierto carácter eclesiástico. Produce el efecto de un presbítero vestido de señorita. De sus dedos afilados y amarillos se desprende una lluvia de pétalos de rosas, algunos de los cuales, después de revolotear lentamente, vienen a posarse en el hongo y en los lentes de Pepe Santana.

En el patio, embaldosado de mármol, se pasea, en misteriosa conferencia con el maestro barbero, propietario de *La Elegante*, un señor entrado en años, grueso y de

pesado andar. Su levita de paño negro, separada por ambas manos, cuyos pulgares se aferran en las aberturas superiores del chaleco, deja ver la maciza y áurea cadena del reloj. El sol cubano paseando por el rostro del viejo, durante más de cinco lustros, su áspera y candente brocha, le dio la irrevocable y cienosa entonación de cuarto viejo, que ahora ofrece. Por encima de sus espejuelos de oro serpean como dos acentos circunflejos las cejas peludas. Y debajo de la nariz innoble y chata y del bigote recortado y sucio, se abre el sumidero negro de la boca, cuyo labio inferior, azulado como la panza de un pez, cuelga sin movimiento, sacando a la luz los dientes negruzcos de ratón, que oprimen noche y día el oloroso habano.

Aquella era la casa de don Florencio Batista. El señor que en el patio paseaba, en misteriosa plática con el propietario de *La Elegante*, moreno y bigotudo como un balladero del tiempo de la Conquista, usurero felino e implacable, era el gran indiano en persona. Y la joven de aspecto canónico que permaneció en el balcón hasta que Pepe Santana dio vuelta a la esquina, era Candelarita Batista, la hija única de don Florencio, la *cucaña ultramarina*, objeto, hacía dos años, del escandaloso asedio de todos los pollos atlánticos.

## XXIII

### Catástrofe

Eran *las niñas de Caín* cuatro hermanas solteras, mayores de cuarenta años, que se ganaban la vida haciendo vestidos y sombreros de señora y confeccionando pacotillas de encajes y ropa blanca para exportar a la Habana. Gordas, blancas y linfáticas, con mucha grasa en el abdomen y poco pelo en la cabeza, formaban, cuando se ponían a trabajar en el patio lleno de flores, entre la jaula de la cotorra y la garita del desvergonzado *machango*, una asamblea de canónigos obesos, una especie de cabildo murmurador y maldiciente.

Porque las de Caín poseían una verdadera riqueza en

datos históricos acerca de la vida íntima de todas las familias atlánticas. Por medio de ingeniosos recursos, que revelaban una maravillosa intuición del arte policíaco, eran las primeras en conocer todos los secretos del hogar, las fechorías perpetradas por los novios que hablaban por la ventana baja, las sospechosas excursiones de los hombres casados por los vericuetos de los *riscos* o por las callejas de la Marina, la significativa temporada en el campo de alguna niña interesante, todo, absolutamente todo, desde la deuda del zapatero o del almacén de la esquina, hasta el diario contenido del cesto de la compra. Eran ellas las que fisgoneaban desde la sombra de los zaguanes, con la nube de estambre a la cabeza, la entrada de los invitados en las casas donde se celebraba algún acontecimiento familiar, matrimonio o bautizo; las que, por fuera de la verja de la Alameda, comentaban en animada charla los vestidos y los sombreros de las paseantes, las que asistían desde las bambalinas y troneras a las funciones teatrales, honrándose con la amistad y confianza del tenor cómico o de la característica y las inventoras de los indelebles *nombretes* que las víctimas conservaban hasta el sepulcro, cuando no los transmitían a sus descendientes.

Parece cosa averiguada que ellas fueron las autoras del anónimo, pues muchas veces se valieron de este medio para revelar traiciones de amantes y de cónyuges.

En vez de exclamar, como las heroínas de dramas y novelas en casos tales: *Oh, imposible. ¿Es éste un sueño del que voy a despertar?*, Margarita comprendió desde el primer instante que el anónimo decía toda la verdad. Explicose repentinamente la conducta singular de Pepe, su frialdad creciente, su empeño sistemático de basar un *pleito* en cualquier friolera.

La pobre muchacha pasó una noche horrible. Visitábala por primera vez el dolor y el implacable huésped la encontró indefensa y pusilánime. Tendida de espaldas en el estrecho catre de hierro en que dormía desde niña, rodeada del silencio tétrico de la noche, interrumpido sólo por la respiración cadenciosa de su hermana Pino, que descansaba en el cuarto próximo, Margarita retrocedía medrosamente ante la oscuridad de lo futuro.

¡Cuánta lágrima, cuánta tristeza le aguardaban! ¡Cuál

sería su porvenir después de seis años de relaciones con un hombre *que entraba ya en la casa* y que, por lo tanto, gozaba de los privilegios que engendra una larga familiaridad, privilegios que los maldicientes adivinan y siempre exageran? Reproducía mentalmente su imagen de virgen clorótica y mal nutrida, sus ojos eléctricos, circundados de cárdenas ojeras, sus manos pálidas y marchitas, surcadas por tenues venas azules. ¡Veintisiete años! Ya era vieja. Lloró convulsivamente, imprimiendo al catre fuertes sacudidas.

Apenas rayaba el alba cuando se levantó, pensando en salir a toda costa de aquella dolorosa indecisión. Vistiose a tropezones, decidida a escribir en el acto a Pepe Santana. Puso bajo un sobre el anónimo y un lacónico billete que decía: «Ayer recibí eso. Dime pronto la verdad». Iba ya a cerrar la carta cuando se detuvo y transigiendo con su dignidad, añadió estas palabras: «Piensa en lo que sufre tu Margarita.»

Aún se hallaba Pepe en la cama cuando le entregaron la carta de su novia. Lo primero que hizo, naturalmente, fue pensar en sí mismo.

—Qué escándalo —decía casi en voz alta.— Mañana se sabrá todo esto, se comentará en todas partes. Me pondrán *como un zapato*. ¿Qué dirá esa familia?

Se lavó sin darse cuenta de lo que hacía. La toalla temblaba entre sus manos. Entró luego en su despacho y durante más de dos horas se paseó de un extremo a otro, teniendo el papel y la pluma preparados sobre la mesa. Esforzábale por encontrar analogías entre aquella situación y otras que había leído en dramas y novelas y empeñábase en considerarse *víctima de cruel indecisión*. Pero por más que procuraba desencadenar *una tempestad bajo su cráneo*, no lograba salir de aquel estado singular, mezcla de frialdad y de inexplicable mal humor. Avergonzábale de ello, pero no podía remediarlo. Quizás dependiera del lugar en que se hallaba, aquel despacho claro, espacioso, antipático, poblado de odiosos recuerdos de litigantes molestos e improductivos, de horas mezquinas de vergonzosa inacción. Y en vano se espoleaba la conciencia, pensando en que iba a dejar a Margarita, a arrancar lágrimas a los ojos eléctricos, a volver las espaldas a los recuerdos que-

ridos de la juventud, a cometer seguramente una mala acción; la conciencia no despertaba, los remordimientos no parecían por ninguna parte. Y al fin, hastiado y frío, ateneada la sien por los primeros pinchazos de una jaqueca, sentose frente a los cajones vacíos de la mesa, tomó la pluma y comenzó: «Apreciable señorita: circunstancias superiores a mi voluntad me obligan a tomar una resolución que soy el primero en deplorar...»

A los dos días, un domingo por la tarde, estando Pepe en su despacho, vio entrar al padre de Margarita, don Cristóbal Ramos. Quedose yerto. El pobre viejo, forzando la sonrisa triste y pueril de sus labios descoloridos, se explicó prolijamente, tomando aliento a cada instante.

—Esto... Pepito, póngase usted en mi caso. Un padre tiene que mirar por el porvenir de sus hijos. Esto... hace seis años que tiene usted relaciones con Margarita... Usted ahora sin motivo ha roto esas relaciones... Bien. Nosotros somos muy honrados. Pobres sí (añadió recordando maquinalmente una frase vulgar) pero honrados. Yo no vengo a reconvenirle... ¡alto! ni a pedirle que desista, porque eso no sería digno...

Y aquel hombre infeliz seguía ensartando frases descosidas, sin explicar claramente su propósito. Quizás no traía ninguno. Era aquel un sacrificio heroico e inútil, un *palo de ciego*, inspirado por las lágrimas de la muchacha.

Pepe, sobrecogido y tembloroso, contestaba en estilo de novela de folletín, recordando vagamente haber leído escenas semejantes a la que tan impensadamente le caía en mitad del cráneo.

—Don Cristóbal, se lo ruego encarecidamente. Pongamos término a esta escena desagradable...

Y de pronto el viejo se transfiguró; su cara de pollo fiambre se contrajo, formando muecas rapidísimas. Luchó breve rato con la emoción y al fin rompió a llorar, diciendo:

—Pepe, ¡si viera usted a la pobre Margarita! ¡Si viera usted a su madre, que pronto nos dejará! Yo no puedo explicarme, ni menos en este instante. Pero usted es joven, usted es cristiano, usted es bueno, usted tiene que compadecerse, sí señor, de las lágrimas de los que tanto le quieren.

El otro callaba, con la cabeza baja, rojo de vergüenza, oprimiendo un pisapapeles entre sus dedos fríos y convulsos.

—Sé que usted no cuenta con recursos para casarse. No se enfade, Pepito, por lo que voy a decirle. Pero si usted quiere, en mi pobre casa hay un puesto para usted; otra cosa le faltará, pero cariño, no.

Y al decir esto, se enjugaba las lágrimas con un pañuelo blanco, lleno de zurcidos.

—Don Cristóbal, le ruego encarecidamente...

El viejo guardó el pañuelo y se levantó, temblando. Ya en la puerta, volvióse y dijo:

—Pepito, no le pido a Dios que le castigue. Él sabrá lo que hace. Pero usted tendrá hijos algún día, y entonces comprenderá tal vez lo que un padre puede llegar a sufrir.

Y salió, dejando caer blandamente la puerta.

## XXIV

### **Deus ex machina**

En el fondo de la huerta, a lo largo del viejo paredón, salpicado de manchas de verdinegro musgo, corría, limitado por matas de geráneos, azucenas y heliotropos, un angosto paseito, en uno de cuyos extremos y debajo de un añoso laurel de la India, se hallaba un banco de piedra en el que Pepe Santana solía sentarse por las tardes, con un libro entre las manos. Desde aquel sitio se dominaba el paisaje sereno y melancólico de los cercados en los que el verde fresco y vivo del maíz alternaba con el sombrío y opaco de las plataneras, descendiendo suave e insensiblemente hasta la franja de movible espuma que las olas bordaban sin cesar en la lejana playa.

Con los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza baja, Pepe recorría maquinalmente el paseo, de un extremo a otro. De vez en cuando, se llevaba la mano al chaleco e interrogaba el reloj, a la luz indecisa de las estrellas. Las siete y media.. las ocho. Dentro de poco tendría que vestirse para ir al paseo de la Alameda en el que ya no le esperaba Margarita Ramos, la de los ojos eléctricos,

sino la otra, el presbítero vestido de señorita, la cucaña ultramarina, Candelarita Batista.

Poseído de aquella frialdad e indiferencia singulares, inverosímil estado de alma en que la conciencia anestesiada no daba señales de existir, Pepe contemplaba serenamente y como de lejos su resolución y la veía cada vez más firme e irrevocable. Era (pensaba) un rasgo de virilidad y de genio práctico, una de tantas manifestaciones del espíritu moderno, de la lucha feroz por la existencia, la estrangulación implacable y fría de las viejas sensiblerías románticas, ejecutada por las manos crispadas de los fuertes. En su imaginación desequilibrada, impresionable, inconsistente y movediza como el humo, siempre dejaba profunda huella la última lectura. Le habían prestado por aquellos días una traducción castellana de *Monsieur de Camors* y, enamorado locamente del protagonista, como en otros tiempos de Artagnan y de Media de cuero, creía de buena fe imitarle en el caso aquel de sus amores. De este modo pretendía dar un barniz de excepticismo y de aristocrática fiereza a lo que era tan sólo consecuencia natural de la apatía y desaliento engendrados en él por la vergonzosa inacción de aquellos últimos cinco años. No se le ocurría otro medio de conquistar la vida fácil y sin mezquinas preocupaciones. ¿Qué porvenir le aguardaba con Margarita? Mediocridad, tinieblas, privaciones, miseria quizás. En cambio, la cucaña representaba el coche particular, los viajes periódicos a París, el respeto y la consideración de aquella sociedad servil y metalizada y hasta —¡quién sabe!— la fuerza electoral. Y así como en otros tiempos de paradisíaca candidez se contempló dramaturgo y novelista, deslumbrando desde Madrid a sus paisanos con la brillante aurora de su gloria literaria, veíase ahora, erguido en los escaños del Congreso, cuadrado en parlamentaria levita, defendiendo en períodos redondos y mortíferos como balas de cañón, la *hegemonía* de la gran Atlántica en el Archipiélago contra las invasiones de *la eterna rival histórica*, de la usurpadora Villacruz.

Y llegado a este punto en el capítulo de sus incoherentes meditaciones, a tiempo que se disponía a dejar la huerta para penetrar en la casa, a lo lejos, en el horizonte indeciso y velado del mar, empezó a difundirse lentamente



una claridad suave, argentina, cariñosa, que instantáneamente devolvió la serena superficie de las aguas, con temblorosa reverberación. Las sombras ascendieron en el cielo, con la lentitud majestuosa de un telón que se levanta. Despertó la brisa, tibia y discreta, susurraron las hojas de las plantas, y en un punto del inmenso semicírculo del mar brotó una chispa de luz, viva, centelleante. Un momento después la luna, redonda, enorme como una pupila dilatada por la sorpresa, se desprendió del océano, alzándose lentamente en el espacio.

Poco a poco, los objetos parecían salir del caos, recobrando la forma perdida en el montón confuso de la noche. A la izquierda las azoteas blancas y las torres grises, heridas de soslayo por la claridad vibrante y azulada, dibujaban sobre el fondo claro del cielo, salpicado de estrellas expirantes, una ciudad fantasmagórica, el ensueño de una imaginación oriental. Al pie del muro se extendían, oscilantes y rumorosos, los cercados de maíz y de plataneras, surcados aquí y allí por el hilo plateado y resplandeciente de las acequias. Flotaba en el paisaje la solemnidad augusta de las grandes festividades de la naturaleza.

De codos sobre el muro, con la cabeza entre las manos, permaneció Pepe en aquel sitio más de dos horas, olvidado de todo, absorto, sin movimiento.

Los primeros rayos de la luna habían sacado de la intensa negrura del llano las construcciones sombrías del cementerio, la capilla erigida en el costado izquierdo del pórtico, el espacioso cuadrilátero formado por las blancas tapias, con la mancha confusa de los árboles que divide en espacios regulares la tierra gris del centro, destinada a fosa común. Una raya de luz, delgada y temblorosa como una flecha, cruzaba de uno a otro extremo la hilera de los nichos del paredón izquierdo, uno de los cuales encerraba los huesos de una pobre vieja, detrás de una losa de mármol blanco en la que, debajo de una cruz dorada, se leía esta sencilla inscripción: «María del Carmen Rodríguez. Marzo de 18...»

Y el pensamiento de Pepe retrocedía, volviendo como empujado por una fuerza oculta y misteriosa al tiempo viejo, a los años desvanecidos para siempre en la lejanía vaporosa del pasado.

Era la mañana del nueve de septiembre. Había llegado *el instante de la despedida, deseado y temido al mismo tiempo*. Ya el burro de tío Vicente el de la Laja había conducido al muelle el cofre del estudiante. Al cruzar el ancho portón de las Cantoneras, acompañado del señor Santana y del padrino Chano, había vuelto Pepe la cabeza para mirar hacia arriba. Y allí, de pie en un extremo del corredor, junto a la *pila*, estaba *ella*, con su cara larga y pálida en la que brillaban afanosamente los ojos negros, con sus manos largas y secas crispadas fuertemente sobre el delantal, con su boca contraída y dolorosa que parecía gustar, en aquel instante largo como una eternidad, todas las amarguras de la vida. Y aquella fue la última vez. Nunca más había de volverla a ver en este mundo.

Una suerte de pudor indefinible y extraño le impidió siempre el conocer los detalles de la enfermedad y muerte de su madre. Quizás el viejo llegó a pensar que Pepe se había olvidado completamente de la muerta. Y no era así. *De día, de noche, a todas horas, la imagen silenciosa y dolorida se alzaba palpitante del montón nebuloso de sus recuerdos, llamando a las puertas de su espíritu con insistencia suave y melancólica. Era aquella una idolatría sin límites, profunda y absoluta, que nadie vio ni sospechó jamás. Por las noches y sobre todo cuando gravitaba sobre su espíritu alguna penosa preocupación, en los momentos de difusión mental que preceden al sueño, oía, junto a la cabecera de su cama, una voz que silabeaba precipitadamente su nombre. Incorporábase bruscamente y con los cabellos erizados y el cuerpo bañado en sudor la evocaba ardorosamente, con tal esfuerzo de voluntad que sus manos, crispadas con energía sobrehumana, crujían en el silencio de la noche.*

\* \* \*

En lo más íntimo de aquel éxtasis extraordinario se hallaba Pepe, cuando sintió que una mano se posaba blandamente sobre su hombro. Dio un salto brusco y se volvió, temblando.

Era el señor Santana, en mangas de camisa, con la *cachimba* chispeante entre los dientes negruzcos, debajo del bigote amarilloso.

Sin transición alguna, el viejo tomó la palabra y dijo:  
—Pepe, tú has leído mucho y yo soy un bruto. Pero escucha lo que te digo. Don Cristóbal me habló esta tarde, antes de entrar en tu cuarto. Esto... mira, lo que tú piensas hacer no está bien, no está bien (y aquí movió varias veces la cabeza). Mira tú. Cuando yo me casé con tu madre, Dios la tenga en buen descanso, yo no ganaba más que dos reales de plata todos los días. Lo comido por lo servido. También es verdad que no teníamos *drogas*. Y ya ves, he llegado a reunir una conveniencia regularcita y tengo un hijo con carrera. Pues trabaja tú también, jinajo, que un hombre eres. ¿Que no tienes con qué casarte por ahora? Pues ahí tienes mi choza, que bien grande es, pa tu mujer y pa tus hijos.

Aún no había terminado el viejo, cuando Pepe le abrazó, con ímpetu delirante. Rodó por tierra la cachimba, derramando en la arena del paseo su luminoso contenido y los dos hombres lloraron en brazos el uno del otro, mientras la madre, palpitante en el rayo de la luna, les besaba a los dos y sonreía.

\* \* \*

Habían dado ya las diez y en el reducido comedor de la vieja casa de la calle de las Tapias la familia de Ramos se hallaba reunida alrededor de la mesa. Habían acabado de cenar. Don Cristóbal, serio y pálido, chupaba maquinalmente un cigarrillo apagado, dirigiendo miradas furtivas a la hija mayor, que aparentaba serenidad, desmentida por sus párpados azulados y por sus labios sin color. Doña Juana y Pinito daban vueltas en torno a la mesa, recogiendo las tazas vacías y los mendrugos de pan sobrantes. Y la nota trágica de aquella tranquila reunión familiar, resignada y silenciosa bajo la luz amarilla del quinqué de petróleo, era la actitud de Jeromita, la menor, muy temida en la casa por sus tremendas rabetas. Con los brazos cruzados sobre la mesa y los labios en forma de feroz embudo, tenía la mirada fija en un ángulo de la pared, mientras en su mejilla izquierda se hinchaba, pronunciándose cada vez más, la vena azul, conocida en la familia con el nombre de *la vena del genio*.

De repente, las campanillas del zaguán repican furio-

samente, echadas a vuelo por una mano impaciente y nerviosa que deja caer, con estampido de cañonazo, el pesadísimo portón. Suben en tres zancajos la desvencijada escalera. ¡A las diez de la noche! ¿Quién será?.. Don Cristóbal, *el hombre de la casa*, se adelanta hacia la puerta, disimulando malamente su emoción, Jeromita empuña un cuchillo de la mesa y en medio de la ansiosa expectación de todos, Pepe Santana aparece en la puerta del comedor.

Algún efecto teatral debió haber meditado por la calle, porque todos propendemos a comediantes en las ocasiones solemnes de la vida, pero es lo cierto que en lugar del patético: *Perdónenme todos*, que intentó proferir desde la entrada, le sugirió su emoción no fingida otro rasgo menos dramático, pero más digno de la situación, que fue correr hacia Margarita y darle afanosamente el primer abrazo.

Hubo llantos primero y risas después. Al estrépito acudió, arrastrando los chanclos, tía Sebastiana la cocinera, quien, enterada del suceso, lloró también, sonándose fragorosamente en un pico del delantal.

## XXV

### Dos años después

Dos años después, un domingo por la tarde, Pepe Santana se paseaba en la huerta de las Cantoneras, a lo largo del paredón sombrío, manchado de verdinegro musgo, frente al espléndido y sereno panorama de los cercados y del mar. Por encima de su hombro derecho asomaba la cabecita negra y rizada del primer hijo, un varón inquieto y flexible como una culebra, heredero de los ojos eléctricos de la madre.

Iban a dar las tres: se acercaba la hora tranquila y familiar de la comida de la tarde. Del próximo comedor, con ventana a la huerta, salían ruidos secos y bruscos de vajilla y zumbido metálico de cucharas y tenedores. Más lejos, en la cocina, sonaba el machaqueo rítmico y precipitado del almirez, manejado por las negras manos de *la Noche de San Bartolomé*.

De vez en cuando, el chiquillo se incorporaba y adelantando el busto, señalaba, con gesto mimoso e imperati-

vo de su bracito desnudo, una flor, una hoja verde que el padre se apresuraba a arrancar y a ofrecerle, besándole al mismo tiempo con pasión.

Pasa el gallo negro, estirado y majestuoso como un sultán, seguido por la cohorte sumisa y balbuciente de las gallinas y Pepillo se escurre como una gota de agua de los brazos que le sostienen y emprende la persecución del emplumado rebaño, que se desbanda entre las plataneras, protestando.

En el hueco de una ventana se muestra de improviso el busto de una mujer esbelta y pálida, vestida de blanco. Debajo de los rizos oscuros que velan su frente, brillan, con fulgor suave, sus ojos negros en la blancura anémica de su rostro.

—A la mesa, señores— grita palmoteando.

—A la mesa, Pepillo— repite el padre cargando de nuevo al nene que, de rodillas en la tierra húmeda, levantaba con ambas manos una tempestad furiosa en la límpida corriente de la acequia.

Las tres de la tarde. Vibra a lo lejos, lentamente, la voz delgada, argentina y temblorosa del esquilón de la Catedral.

Todos se sientan a la mesa. En la cabecera, el señor Santana, recién afeitado, vestido de dril limpio y reluciente, que aún conserva los dobleces de la plancha y el vago perfume del zahumerio. A la derecha, Pepe, a la izquierda Margarita y luego las dos muchachas, Pepa y Soledad, bien peinadas, vestidas de vistosa zaraza.

Pepillo, encaramado en una silleta alta, llena de babas un pedazo de pan. El sol de la tarde calienta desde lo alto, suavemente, el mar, los cercados, las montañas y las casas. Flota por todas partes la serenidad azulada del mediodía africano, de la hora luminosa y tibia en que los siete peñascos, contemplados desde el seno de una nube ligera y vagabunda, deben parecer montoncitos de violeta y oro, rodeados de plata movediza e hirviente, perdidos en la soledad infinita, silenciosa y grave del mar.

A lo lejos tiembla y oscila, desvaneciéndose lentamente en el espacio la última nota del esquilón y el señor Santana destapa sonriente la sopera.

LUIS Y AGUSTÍN MILLARES CUBAS.

1898